

2771

EL CUARTO DE GALLINA

Disparate cómico en tres
actos, original de JOA-
QUÍN DICENTA (HIJO) y
ANTONIO PASO (HIJO).

Estrenado en el COLISEO IMPERIAL, de Madrid,
el día 28 de enero de 1922.



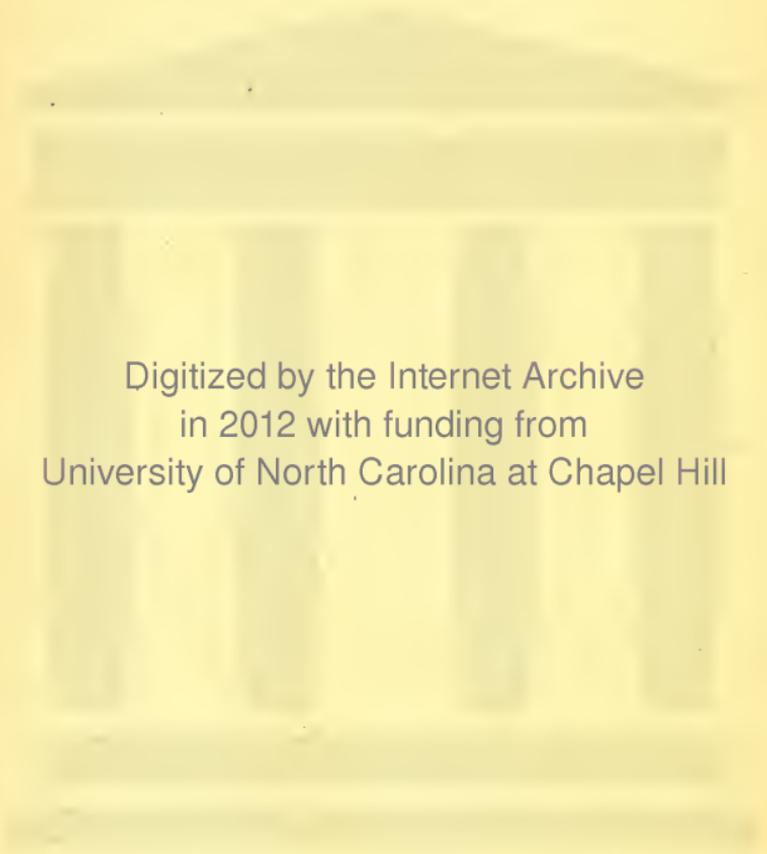
MADRID

SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)

Paseo de San Vicente, 20

1922

9



Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

EL CUARTO DE GALLINA

Disparate cómico en tres
actos, original de JOA-
QUÍN DICENTA (HIJO) y
ANTONIO PASO (HIJO).

Estrenado en el COLISEO IMPERIAL, de Madrid,
el día 28 de enero de 1922.



MADRID
SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)
Paseo de San Vicente, 20
1922

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles*, son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suede, la Norvege et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Copyright, 1922, by Joaquín Dicenta (hijo) y Antonio Paso (hijo).

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

Trinidad.....	Srta. Barbero.
Pepita	» Ríos.
La Señá Rita.....	» Jiménez.
Angeles «La Gaditana»...	» Fortuny.
Cruz.....	» Echevarría.
Pascuala	Sra. Falcó.
Antonia	» Roldán.
Una niñera.....	» Carrillo (Luz).
Atanasio Cordero.....	Sr. Fresno.
Don Olegario.....	» Pacheco.
Don Inocente.....	» Navarro (A.)
Luis.. ..	» Serrano.
Pérez	» Navarro (E.)
Pancho (Negro).....	» Briones.
El juez.....	» Yuste.
El portero.....	» Martín.
Un guardia.....	» Dulac.

Mozos de cuerda y guardias.

EPOCA ACTUAL



ACTO PRIMERO

Habitación en casa de personas adineradas.

Al foro y a ambos lados de la escena dos puertas pequeñas.

Entre ellas un armario ropero. Este armario es grande, de madera, con puertas practicables y un cajón largo en la parte superior, que puede sacarse a la vista del público. Dicho cajón lleva dos pasadores pequeños en la parte de atrás, por donde pasa un cordón pendiente, del que se descuelga a su debido tiempo. El fondo del armario no existe y va simulado con un lienzo, para que los actores puedan entrar y salir por detrás del armario cuando el diálogo lo indique. Para el mismo objeto la decoración tiene un hueco detrás del armario. Una puerta grande a la derecha, en el centro del bastidor; supone comunicar con el recibimiento. Otra puerta más pequeña a la izquierda, en primer término; en segundo término un balcón practicable. Detrás de la puerta de la derecha, y frente al balcón, una ventana. En el centro de la escena una mesa con tapete.

Repartidos por escena baúles y maletas, abiertos o cerrados.

En primer término un baúl grande. Encima de las sillas ropas, sombreros, calzado y útiles diversos. Ha de advertirse el desorden peculiar en las casas donde se prepara un viaje.

DOÑA PEPITA y ANTONIA van metiendo ropas en el baúl de primer término mientras dialogan. Las dos son jóvenes y lindas. Antonia viste de doncella de servicio. Se oye la voz de DON OLEGARIO.

ESCENA PRIMERA

PEPITA, ANTONIA y DON OLEGARIO

OLEGARIO.

(Dentro, llamando.) ¡Pepita!

PEPITA.

¡Voy! *(Sentándose.)* Estoy rendida. ¡Qué ajetreo de viaje!

ANTONIA.

Tiene razón la señorita. Tres días llevamos entre lavar, planchar y meter ropa en los baúles.

PEPITA.

Los trajes del señor ya están todos guardados, ¿verdad?

ANTONIA.

En aquel baúl, que ya puede usted cerrar.

PEPITA.

(Levantándose a cerrar el baúl citado.) ¿Y el frac?

ANTONIA.

También. La chistera...

PEPITA.

La dejaremos aquí para evitar un bulto. Bastará con el clac.

ANTONIA.

La ropa blanca va en las maletas.

PEPITA.

¿Y el clac?

ANTONIA.

En el plaid.

OLEGARIO.

(*Dentro, llamando.*) ¡Pepita!

PEPITA.

¡Voy! (*Se sienta.*) En fin, ya está todo listo. Dentro de unos instantes al tren, y mañana en San Sebastián a pasar el verano lo mejor posible.

ANTONIA.

¡Si supiese la señorita cuánto las agradezco que me lleven!... ¡Cuando se es sola, como yo, se siente un vacío tan grande en la vida!...

PEPITA.

Lo mismo me sucedía a mí.

ANTONIA.

Pero se casó usted, y claro...

PEPITA.

Turbio, hija, turbio. (*Levántándose a doblar un traje, que entrega a ANTONIA.*) Los primeros meses mi marido era cariñoso y me hacía feliz.

ANTONIA.

¿Y después?

PEPITA.

(*Suspirando.*) ¡Otra vez el vacío!

OLEGARIO.

(*Dentro, llamando.*) ¡Pepita!

PEPITA.

¡Voyyyy! (*Se sienta.*) Cosas de las madres. Como

mi marido tenía dinero, mi madre se empeñó en que me casara con él, y me casé. ¡A ella qué le importaba que fuese feo y que me llevase los años que me lleva!

ANTONIA.

Pues si el señor casi parece joven...

PEPITA.

Fachada, hija, fachada. Es como esas mujeres que se pintan la cara y se tiñen el pelo. Hay que verlas en la intimidad. Eso le pasa a él.

ANTONIA.

¿Qué hay que verle?

PEPITA.

¡Que vale más no verle! Con decirte que el hijo de su primer matrimonio tiene tres años más que yo...

ANTONIA.

Cualquiera lo diría... Si el señor no tiene ni una cana...

PEPITA.

Su dinero le cuesta. (ANTONIA suspira.) ¿Qué te pasa? ¡Ah, vamos! Sin duda, melancolía de dejar al novio.

ANTONIA.

Sí, señorita.

PEPITA.

¿Sigues hablando con aquel sargento?

ANTONIA.

No, señorita. Ahora tengo relaciones con Angel, el jardinero del hotel de enfrente.

PEPITA.

¿Y le quieres tanto que suspiras por la separación?

ANTONIA.

¡Quién sabe lo que hará cuando yo me vaya!

PEPITA.

No te entristezcas. Te esperará fielmente.

ANTONIA.

Como los hombres son así, temo...

PEPITA.

¿Que se eche otra novia el jardinero?

ANTONIA.

Que me deje plantada.

OLEGARIO.

(Dentro, gritando.) ¡Pepitaaaa!

PEPITA.

¡Voyyyyy! *(Se levanta, va hacia la puerta, coge un vestido, lo dobla, se lo da a ANTONIA y vuelve a sentarse.)*

ANTONIA.

Ya ve usted, el sargento...

PEPITA.

Sí es extraño. Cuando estuviste mala y vino a verte me dijo que si eras tan buena, que si eras tan simpática, que si eras tan mona...

ANTONIA.

Pues me dió mico, ya ve usted.

PEPITA.

Cualquiera se fía de los hombres.

ANTONIA.

Hay tanto sinvergüenza.

PEPITA.

El mundo está completamente lleno.

ANTONIA.

(Cerrando el baúl.) Sí, señorita; ya no coge ni un calcetín.

OLEGARIO.

(Dentro, acercándose.) ¡Pepitaaa!

PEPITA.

¡Uy, qué pesadez de hombre! *(Se levanta y se dirige a la izquierda a tiempo que entra por ella DON OLEGARIO, sesentón que presume de pollo elegante. Va ridículamente teñido, en mangas de camisa, con un cepillo en la mano y los tirantes colgando.)*

ESCENA II

PEPITA, ANTONIA y DON OLEGARIO

OLEGARIO.

¡Estás sorda! Te he llamado veinte veces.

PEPITA.

Y yo te he contestado otras tantas.

OLEGARIO.

Eso demuestra...

PEPITA.

Eso demuestra que no estoy sorda.

OLEGARIO.

Media hora llevo buscando los tirantes, y vosotras como si tal cosa.

PEPITA.

Pero si los llevas colgando.

OLEGARIO.

No sé ni donde tengo la cabeza.

PEPITA.

Pues no se conoce. Cada día te la cuidas más.

OLEGARIO.

Sabes que no me gustan esas bromas.

ANTONIA.

(Cerrando una maleta.) Ya está todo listo.

PEPITA.

Pues ve preparando la merienda.

OLEGARIO.

¿Aún no está preparada? Conseguiréis que perdamos el tren.

PEPITA.

No tanto. La estación está casi a la puerta de casa.

ANTONIA.

¿Desean algo más los señores?

OLEGARIO.

No; digo sí. Cepíllame esta americana. *(ANTONIA coge*

el cepillo que sacó OLEGARIO y se dispone a cepillar. Este, al verlo, lanza una exclamación de terror.) ¡No, con ése no!

PEPITA.

Pero mujer, ¿no sabes que ese es el cepillo de la cabeza del señor?

OLEGARIO.

¿Lo dices con sorua?

PEPITA.

Ay, hijo; no sé ni cómo hablarte cuando se trata de tu cabeza. (*A ANTONIA.*) El cepillo de la ropa está en la alcoba. Llévate la americana, y cuando esté limpia la traes. (*ANTONIA sale por la izquierda.*)

ESCENA III

DOÑA PEPITA y DON OLEGARIO

OLEGARIO.

Eres imposible. No creo que a la criada le importe que yo me tiña o no me tiña el pelo.

PEPITA.

¿Vamos a empezar como siempre?

OLEGARIO.

No. Mejor es que lo dejemos. ¿Le llevaron mi carta a Cordero?

PEPITA.

Y contestó que vendría en seguida. Pero lo que no comprendo es ese afán tuyo de que se quedé Cordero al cuidado del piso.

OLEGARIO.

Cordero cuidará bien de la casa. Siempre se preocupará más que los porteros.

PEPITA.

¿Tanto confías en él?

OLEGARIO.

Como en mí mismo.

PEPITA.

Ya sabes que en estos últimos tiempos se murmura de él.

OLEGARIO.

Habladurías.

PEPITA.

Se dice que es mujeriego.

OLEGARIO.

Infundios.

PEPITA.

Y que juega.

OLEGARIO.

Calumnias.

PEPITA.

Todos lo dicen.

OLEGARIO.

Malvados, malvados que, envidiosos de su virtud, acuden a la calumnia para mancillar la albura de Cordero. Cordero es inmaculado, inocente, limpio de toda mancha.

PEPITA.

Vamos, ya sé. Es el Cordero Pascual que se le ha escapado a San Juan Bautista y se ha hecho amigo tuyo.

OLEGARIO.

Cierto que en su juventud hizo algunas locuras, pero se ha regenerado.

PEPITA.

Ya sabes lo que dice el refrán: "La cabra siempre tira al monte".

OLEGARIO.

Eso se dice de la cabra, pero no de Cordero.

PEPITA.

Malo es que a mí se me ponga algo en la cabeza.

OLEGARIO.

¡Peor sería que se me pusiese a mí! Cordero es un santo.

PEPITA.

Es positivo que tiene una querida.

OLEGARIO.

Y yo...

PEPITA.

¿Cómo?

OLEGARIO.

Y yo qué tengo que ver con eso, si su comportamiento le hace acreedor a mi amistad.

PEPITA.

Es positivo que no tiene dinero.

OLEGARIO.

Eso es positivo y lamentable para él.

PEPITA.

Y para ti que se lo das.

OLEGARIO.

No es cierto.

PEPITA.

Sí lo es. El otro día le has dado un billete.

OLEGARIO.

¡Falso!

PEPITA.

(*Encogiéndose de hombros.*) ¡Bueno!

OLEGARIO.

Digo que es falso lo que dices.

PEPITA.

Y yo digo que bueno, porque no quiero continuar discutiendo. Pero ten seguro que ese hombre, con su capa de delicadeza y de finura, es un farsante. (ANTONIA entra por la izquierda, cruza la escena y desaparece por la derecha.)

OLEGARIO.

¡Pepita!

PEPITA.

Es una bala perdida.

OLEGARIO.

¡Cordero bala!... No puedo tolerarte que hables así

de un inocente. Además, en mi casa se hace lo que yo quiero, ¿estamos?

PEPITA.

No discutamos más. Toma; mete esto en aquella maleta. (*Unos pantalones de señora.*)

OLEGARIO.

(*Cogiéndolos.*) ¡Pues no faltaba más! Y ya lo sabes: no se te olvide de que el amo de esta casa soy yo. (*Agitando los pantalones, que tiene en las manos.*) ¿Quién lleva aquí los pantalones?

PEPITA.

¡Ojalá tu amigo no llegase a tiempo!

OLEGARIO.

¡Te pintas sola para llevarme la contraria!

PEPITA.

¡El que te pintas eres tú!

OLEGARIO.

¡Pepita!

PEPITA.

¡Olegario!

ANTONIA.

(*Entrando por la derecha.*) El señor Cordero.

OLEGARIO.

Que pase, que pase inmediatamente. (*Sale ANTONIA.*)

PEPITA.

¡Por qué no habrá tropezado con un toro que lo hubiese tirado tan alto que no hubiese vuelto a caer a

tierra! (*Entra por la derecha ATANASIO CORDERO. Hombre de cuarenta años, mal afeitado, mal vestido, aunque intenta aparecer elegante. Tiene la monomanía de la verborrea. ANTONIA cede el paso a ATANASIO, y sale por el foro izquierda.*)

ESCENA IV

PEPITA, DON OLEGARIO, ATANASIO; luego ANTONIA

ATANASIO.

(*Abrazando a OLEGARIO.*) ¡Ole de mi alma!

OLEGARIO.

(*Abrazando a CORDERO.*) ¡Querido Cordero! En este momento hablábamos de ti.

ATANASIO.

¿Mal?

OLEGARIO.

¡Calla, hombre! Mi mujer te estaba poniendo por las nubes.

ATANASIO.

(*Saludando.*) Mi distinguida doña Pepita, reciba el leal homenaje de mis respetos y un agradecimiento infinito por los favores que cuando estoy ausente me dispensa.

PEPITA.

Son justicias.

ATANASIO.

Está usted bellísima. ¿Qué digo bellísima? Completamente panorámica.

OLEGARIO.

Toma asiento.

ATANASIO.

Tomaré... lo que quieras que tome. Basta que tú te empeñes. Asiento, un puro, un poco de merienda, una copa de coñac, lo que desees.

OLEGARIO.

Toma. (*Le da un cigarro puro. Llamando*) ¡Antonia!

ATANASIO.

¿Para qué te molestas? Lo del puro y lo de la merienda era una metáfora. Yo hablo casi siempre en metáfora. (*Encendiendo.*) Excelente cigarro.

ANTONIA.

(*Entrando por el foro izquierda.*) Señoritos...

PEPITA.

Trae el chocolate para que merendemos el señor y yo. Usted, ¿qué quiere?

ATANASIO.

Yo tomaría un poco de café.

ANTONIA.

Bien, señor. (*Se dispone a salir.*)

ATANASIO.

(*Deteniéndola.*) Oiga, respetuosa menestrala. El café, en vaso.

ANTONIA.

(*Va a salir nuevamente.*) Bien, señor.

ATANASIO.

No estaría de más que viniese acompañado de media

tostada. (*Deteniéndola otra vez.*) Aguarde aún. Corte media tostada de arriba, muy fina; todo lo más fina que pueda.

ANTONIA.

Entendido, señor. (*Inicia el mutis.*)

ATANASIO.

(*La vuelve a detener.*) Luego me trae la de abajo con mucha manteca.

ANTONIA

¿Algo más?

ATANASIO.

Algo más de lo corriente. (*Sale ANTONIA por el foro izquierda. CORDERO se vuelve hacia PEPITA.*) Usted perdone, señora. El café con media es una de mis debilidades cuando tengo debilidad.

OLEGARIO.

Ahora vamos al asunto. Te he mandado llamar...

ATANASIO.

Y yo, apenas recibí tu amable y fraternal esquila, me he apresurado a venir.

OLEGARIO.

Pues bien: esta tarde nos vamos a San Sebastián, donde pasaremos el verano. La casa habría de quedar en manos de los porteros. Ni a Pepita ni a mí nos parecía esto muy bien, y hemos pensado que tú, en lo que dure nuestra ausencia, te des una vueltecita de cuando en cuando por esta casa.

ATANASIO.

¡Todos los días, hombre! ¡Todos los días!

OLEGARIO.

Te quedas con las llaves, y de esta manera los porteros pondrán más cuidado sabiendo que hay una persona allegada que se interesa.

ATANASIO.

Comprendido, comprendido. Me instalaré aquí todo el verano.

PEPITA.

Hombre, eso...

ATANASIO.

Aquí habrá ropas de cama, toallas...

PEPITA.

Sí, pero...

ATANASIO.

Basta, basta.

PEPITA.

Es que...

ATANASIO.

No me diga usted más.

PEPITA.

Quiero decir...

ATANASIO.

Ni una palabra. Yo soy esclavo de mis amigos. (*Entra por el foro izquierda ANTONIA con los servicios pedidos.*)

OLEGARIO.

(*A PEPITA.*) ¿No te lo decía yo? (*ANTONIA va sirviendo en las tazas.*)

PEPITA.

(*Aparte.*) ¡Pues me he lucido!

ATANASIO.

¿Qué dice usted?

PEPITA.

Nada, nada. Que es usted muy amable.

ATANASIO.

No me diga usted nada, señora. Pero no para esta pequeñez; para todo lo que se les ocurra pueden disponer siempre, siempre, de cuanto yo valga. Para todo lo que deseáis aquí tenéis a Cordero.

ANTONIA.

(*Sirviendo el café.*) ¿Solo o con leche?

ATANASIO.

Mitad y mitad. (*A OLEGARIO.*) ¡Qué envidia me da veros tan dichosos!

OLEGARIO.

Realmente somos muy felices. ¿Verdad, Pepita?
(*Sale ANTONIA por el foro izquierda.*)

PEPITA.

¡Ay, sí, muy felices! (*Suspirando.*)

OLEGARIO.

Sólo una sombra empaña el cielo de nuestra dicha: mi hijo Luis.

ATANASIO.

¿Sigue sin saberse nada de él?

OLEGARIO.

Nada. No pasa como la primera vez que se escapó.

ATANASIO.

¿Cuándo le dió por ser torero?

OLEGARIO.

Ya ves si no es locura escaparse de su casa para meterse a torero, después de haber aprendido matemáticas y de acabar tres carreras.

PEPITA.

Para nada le ha servido todo eso.

ATANASIO.

Perdone, señora. Las matemáticas no le sirvieron para nada frente al toro, pero me consta que utilizó de manera excesiva las carreras.

OLEGARIO.

Y volvió a casa, y cuando estábamos más tranquilos se escapó otra vez, persiguiendo a una mujer casada, de la que era amante.

ATANASIO.

¿Y no habéis tenido más noticias suyas?

OLEGARIO.

Sólo una, tan lacónica como expresiva. Un telegrama que decía así: "Estoy en Sevilla. Niño Perdido, 6".

PEPITA.

Ese telegrama lo recibimos hace dos años. Antes de mudarnos a esta casa.

ATANASIO.

De modo que ahora...

PEPITA.

Ni siquiera sabe dónde vive su padre. De ser hijo mío ya le hubiera yo atado más corto.

ATANASIO.

No me diga usted nada, señora.

OLEGARIO.

Figúrate lo que estará pasando mi hijo.

ATANASIO.

No temas. El buey suelto bien se lame. Sigo hablando metafóricamente.

OLEGARIO.

Como sabes, estuvo en París, en Londres. Un amigo me ha dicho que le ha visto recientemente en Cuba.

ATANASIO.

Tu hijo, caminando a través del globo terráqueo en pos de esa mujer, me parece el judío errante.

OLEGARIO.

(Indignado.) ¿Y ella? Pero ¿y ella?

ATANASIO.

Ella... ¡una judía!

PEPITA.

(Indignada.) ¡Ella es!...

ATANASIO.

No me diga usted nada, señora.

PEPITA.

Pero...

ATANASIO.

Ni una palabra.

PEPITA.

(Aparte.) Este hombre se ha empeñado en no dejar-

me hablar. No puedo resistirle. (*Levantándose.*) Con permiso, voy a vestirme para el viaje.

ATANASIO.

Es usted muy dueña, mi distinguida doña Pepita. (*Sale PEPITA por la izquierda.*)

ESCENA V

DON OLEGARIO y ATANASIO

OLEGARIO.

(*Después de mirar por todas partes.*) ¡Al fin solos, amigo Cordero!

ATANASIO.

Si tienes que hacer algo no gastes cumplidos. Yo con que me envíes una copa de coñac que echar a perder después del café...

OLEGARIO.

Ahora beberás. Antes es necesario que me escuches.

ATANASIO.

Ten presente que el beber y el escuchar son dos funciones fisiológicas rotundamente compatibles.

OLEGARIO.

Atanasio, ¿tú eres amigo mío?

ATANASIO.

Soy esclavo de tu amistad.

OLEGARIO.

Yo, antes de partir, necesito confesarme.

ATANASIO.

Te advierto que en los trenes casi nunca suceden siniestros.

OLEGARIO.

Necesito confesarme contigo.

ATANASIO.

Habla, Ole, habla. Soy todo tímpano.

OLEGARIO.

Me ocurre una cosa horrible, que me tortura y me anonada.

ATANASIO.

Abreme tu pecho, confíame tu pesadilla y tranquiliza tu conciencia.

OLEGARIO.

Atanasio, me amenaza una tragedia conyugal. Es la primera vez que mis labios van a abrirse para contar este secreto.

ATANASIO.

¡Ah! No me digas nada. ¡Tu mujer! ¡Pobre amigo mío!

OLEGARIO.

¡Atanasio!

ATANASIO.

Veo la tragedia cernir sus garras de águila caudal sobre tu matrimonio...

OLEGARIO.

Hazme el favor de no despeñarte por la pendiente de la hipótesis.

ATANASIO.

Metafóricamente.

OLEGARIO.

Ni metafóricamente. Mi mujer me es fiel como un perro fiel.

ATANASIO.

Pues explícate.

OLEGARIO.

Mucha vergüenza me da decirlo, pero no hay más remedio, Atanasio... Yo tengo una querida.

ATANASIO.

(Asombrado.) ¿Has dicho una querida?

OLEGARIO.

Eso he dicho.

ATANASIO.

¿Tú? ¿Don Olegario Gallina?

OLEGARIO.

Sí.

ATANASIO.

Gallina..., eres un montón de basura. ¿Un hombre, casado con una mujer como la tuya, con esos ojos, con esa boca, con ese cuerpo...? Eres peliclesco, completamente peliclesco.

OLEGARIO.

Es que la otra también tiene una boca, y unos ojos, y un cuerpo...

ATANASIO.

Pero no será como el de tu mujer. ¿Tú te has enterado del cuerpo que tiene tu mujer?

OLEGARIO.

¿Y tú qué sabes?

ATANASIO.

No lo sé, pero me lo figuro. Debe ser panorámico.

OLEGARIO.

Bueno. Y ¿qué opinas de esto?

ATANASIO.

Que ese lío tuyo ocasionará a Pepita terribles disgustos. Acabarás matándola como a tu primera mujer.

OLEGARIO.

¿Que yo maté a mi primera mujer?

ATANASIO.

Indudablemente, por culpa de tus calaveradas.

OLEGARIO.

No es cierto. Lo que pasó fué que al principio yo la quería mucho y la mimaba mucho. Después, mi cariño se fué enfriando, enfriando, y mi mujer murió...

ATANASIO.

A causa de ese enfriamiento.

OLEGARIO.

Bueno, qué le vamos a hacer. También tú te has enamorado alguna vez. Acuérdate de Cruz.

ATANASIO.

No me la nombres. Está la herida muy reciente. Se me escapó... Si supieras cuánto la he llorado... Con el piso tan mono que me tenía puesto...

OLEGARIO.

Pues hay quien asegura que te costó el dinero.

ATANASIO.

No es cierto. Cruz nunca me salió cara. ¿Por qué se escaparía?

OLEGARIO.

Porque le levantarías la mano, según acostumbras.

ATANASIO.

Por la amistad que nos une te juro que yo nunca he puesto las manos en Cruz.

OLEGARIO.

Bueno. Lo urgente es resolver lo que ahora me pasa. Mi amante ignora que yo soy casado. Pero lo más horrible, lo verdaderamente horrible, es que ha tenido un hijo.

ATANASIO.

¡Un hijo! ¿Has dicho un hijo?

OLEGARIO.

Y la madre me ha amenazado con presentarse esta tarde en mi casa.

ATANASIO.

Y ¿quién es ella?

OLEGARIO.

Angeles, "la Gaditana".

ATANASIO.

¡Una cupletista!

OLEGARIO.

Y si supieras lo peor. Esa mujer tiene una tía que es

toda una tía, créeme. No quieras conocerla. Es una fiera, que se llama Rita. Cordero, yo necesito que me ayudes.

ATANASIO.

¡Ayudarte yo! ¿Yo, que conozco a tu mujer; yo, que me honro estrechando su mano? ¿Ayudarte en esa farsa indigna? ¿Qué idea tienes tú de la nobleza de un Cordero? (*ANTONIA aparece en el foro izquierda, cruza la escena y se va por la derecha.*)

OLEGARIO.

¿Y me abandonarás en este trance?

ATANASIO.

¿Y qué quieres de mí?

OLEGARIO.

Vendrá cuando yo ya me haya ido. Es preciso que la recibas y que le entregues un dinero que seguramente te pedirá.

ATANASIO.

Hombre, te diré. Yo recibiré todo lo que quieras, pero eso de entregar... He perdido la costumbre.

OLEGARIO.

El dinero te lo daré ahora mismo.

ATANASIO.

Siendo así, accedo. (*Entra ANTONIA por la derecha.*)

ANTONIA.

Dispensen los señores. Ahí hay un caballero que dice que si el señor Cordero ha venido a esta casa. Añade que tiene que hablarle de un asunto urgente.

ATANASIO.

¿Cómo dijo llamarse?

ANTONIA.

El señor Pérez.

ATANASIO.

Basta. Es... mi secretario particular. Con tu permiso.

OLEGARIO.

Recíbelo aquí. (*A ANTONIA.*) Dile que pase. (*Vase ANTONIA por la derecha.*) Yo, mientras tanto, voy por el dinero.

ATANASIO.

Ve donde quieras; en la casa de los amigos, aunque se quede uno solo, nunca está solo. (*Sirviéndose coñac.*) Hablo en metáfora. (*Sale DON OLEGARIO por la izquierda.*) Bueno; en metáfora me he bebido ya media botella. (*Pausa. Entra por la derecha PÉREZ, muchacho joven y trajeado poco más o menos que ATANASIO. ANTONIA, que ha entrado también, recoge el servicio de café y se va por el foro izquierda.*)

ESCENA VI

ATANASIO y PÉREZ

PÉREZ.

(*En la puerta.*) ¿Se puede?

ATANASIO.

Pasa, hombre, pasa.

PÉREZ.

(*Llegando a la mesa y viendo el servicio.*) ¡Ingrato!
¿Estás comiendo sin acordarte siquiera de mí?

ATANASIO.

Te juro que mientras embaulaba este refrigerio no hacía más que acordarme que tú no habías comido desde ayer. Toma asiento.

PÉREZ.

¿Nada más que asiento?

ATANASIO.

Bueno. Toma una pasta, pero no abuses. (*Dándole una pasta y poniendo el plato lejos de PÉREZ.*)

PÉREZ.

Pero ¿qué haces aquí tan solo?

ATANASIO.

Estoy en mi casa. Esta es mi casa y la tuya.

PÉREZ.

Desvarias, Cordero.

ATANASIO.

No desvarío, Pérez. Jauja, ese país encantador, ha dejado de ser una quimera de los cuentos de Calleja para ponerse a nuestro alcance. Gallina, el propietario de este piso, me ha encargado de su custodia mientras veranea.

PÉREZ.

Galliná no te conoce.

ATANASIO.

Desde niño.

PÉREZ.

Pero ese hombre no es Gallina: es una paloma torcaz. (*PÉREZ coge otra pasta y ATANASIO pone el plato más lejos.*)

ATANASIO.

Bueno; ¿y qué traes?

PÉREZ.

Como me dijiste que viniera aquí si ocurría algo grave...

ATANASIO.

¿Y ocurre algo?

PÉREZ.

No grave. ¡In artículo mortis! La patrona se niega en absoluto a recibirnos.

ATANASIO.

No te apures. Viviremos aquí. ¿Te parece bien?

PÉREZ.

Admirablemente. (*Idéntico juego con el plato de las pastas.*) ¡Ah! Ya se me olvidaba. Este telegrama que ha llegado para ti.

ATANASIO.

¿Un telegrama? A ver. (*Lo abre y lo lee. Después lo deja caer con desaliento.*) Un rayo que hubiese caído a mis pies no me hubiese causado tan profunda emoción. Lee.

PÉREZ.

(*Leyendo.*) “Llegué Vigo. Saldré Madrid. Llegaré miércoles correo. Inocente.” Bueno; ¿y qué?

ATANASIO.

¿Cómo que y qué?

PÉREZ.

Un amigo tuyo que llega y que se llama Inocente, no es para echarse a temblar.

ATANASIO.

Es que ese Inocente es más inocente de lo que tú te figuras. Demostración. Hace cuatro meses, don Inocente de las Gomeras, comandante de no sé qué República americana, me giró tres mil pesetas para que yo le pudiese una casa, porque pensaba dejar la Habana, donde habitaba, para venir a vivir a Madrid con su mujer.

PÉREZ.

¿Y tú...?

ATANASIO.

Me jugué las tres mil pesetas del comandante, y las perdí.

PÉREZ.

Atanasio, eres un amanecer de enero en el Guadarrama. No tienes más salvación que huir. (*Igual juego con el plato de las pastas.*)

ATANASIO.

¡Eso nunca! ¿Tú crees que yo estoy falto de recursos?

PÉREZ.

Completamente.

ATANASIO.

Pues no, señor. Tengo una idea genial, panorámica.

PÉREZ.

¿Piensas meterlos aquí?

ATANASIO.

¡De ninguna manera! Los porteros escribirían a Olegario, y nada habría conseguido.

PÉREZ.

¿Entonces...?

ATANASIO.

Olegario me va a dar un dinero para una cupletista. La cantidad debe ser lo suficientemente grande para solventar este asunto. Solamente debemos entretener a los viajeros tres o cuatro días diciéndoles que aun no está terminada la instalación de la casa.

PÉREZ.

Pero es que llegan dentro de media hora.

ATANASIO.

No importa. Tú saldrás a esperarlos.

PÉREZ.

¿Yo? De ninguna manera.

ATANASIO.

He dicho que saldrás a esperarlos...

PÉREZ.

¿Y qué les digo?

ATANASIO.

Nada. Yo me encargaré de las explicaciones. Los metes en un coche y vienes a buscarme. Desde aquí marcharemos a la fonda y todo se arreglará. No te detengas. Ve corriendo a la estación.

PÉREZ.

Aún hay tiempo. Está aquí al lado.

ATANASIO.

Pero a mí me importa quedarme solo. Olegario tiene que darme ese dinero sin testigos. Ese dinero es el que me salva.

PÉREZ.

Y tu amigo se marcha a veranear cuando a tu lado

se constipa el hielo. (*En un descuido de ATANASIO, PÉREZ se guarda todas las pastas en el bolsillo.*) Bueno, voy a cumplir tus órdenes. Hasta luego. (*Yendo hacia la derecha.*)

ATANASIO.

¿Qué te parece mi proyecto?

PÉREZ.

Que has hablado como un libro abierto. (*Sale por la derecha.*)

ATANASIO.

(*Volviendo hacia la mesa.*) Esa es la frase. Como un libro, como un libro... (*Mirando al plato vacío.*) a quien ese granuja ha dejado sin pastas. (*Entra ANTONIA por el foro izquierda.*)

ESCENA VI

ATANASIO y ANTONIA; luego OLEGARIO

ANTONIA.

¿No está el señorito?

ATANASIO.

Es lo mismo. Si necesita dinero, yo se lo diré. Si fué a cambiar, puede darme el cambio.

ANTONIA.

De rodillas.

ATANASIO.

Quiero decir la vuelta.

ANTONIA.

Se va usted a marear. Conque, dígame usted: ¿dónde fué el señorito?

OLEGARIO.

(*Entrando por la izquierda.*) ¿Qué quieres?

ANTONIA.

Que ha llegado el ómnibus y que los mozos suben por la escalera.

OLEGARIO.

¡Ah, muy bien! Avisa a la señorita. Tráeme mi gorra y mi guardapolvo y disponeos a partir. (*Sale ANTONIA por la izquierda. OLEGARIO se vuelve hacia ATANASIO y le da unos billetes.*) Toma.

ATANASIO.

(*Cogiéndolos.*) Al tocarlos todo mi sér se ha estremecido. ¿Cuánto hay aquí?

OLEGARIO.

Tres mil pesetas. Lo necesario.

ATANASIO.

Justo. Lo necesario.

OLEGARIO.

Ten mucho tiento.

ATANASIO.

Del tiento yo me encargo.

OLEGARIO.

Y me pones un telegrama diciendo lo que le ha parecido.

ATANASIO.

Es posible que le parezca poco. Pero, en fin, todo se hará como dices. Te salvaré, y si para salvarte hace falta una víctima, aquí tienes a Cordero para el sacri-

ficio. *(Por la izquierda primer término entra PEPITA con guardapolvo y sombrero de gasa. Detrás, ANTONIA, que trae en la mano un guardapolvo y una gorra, que entrega a OLEGARIO, dirigiéndose luego a la derecha, por donde sale y por donde vuelve a entrar seguida de los Mozos y el Portero cuando el diálogo lo indique.)*

ESCENA VII

PEPITA, ANTONIA, OLEGARIO, el PORTERO y dos mozos.

PEPITA.

Vamos, Olegario. El ómnibus ha llegado y no hay tiempo que perder.

OLEGARIO.

Atanasio, toma la llave del portal y una del piso. Yo me llevo la otra por si la necesitase en un caso imprevisto. *(Entran ANTONIA, el PORTERO y los mozos.)*

ATANASIO.

Está bien, Ole.

OLEGARIO.

Y no te encargo nada. Esta es tu casa. *(Volviéndose al PORTERO.)* Oiga usted, Eustaquio.

PORTERO.

Mande el señorito.

OLEGARIO.

Este señor es el amo de la casa. Puede hacer y deshacer a su antojo, y cuanto haga está bien hecho. Usted cumple con ponerse a sus órdenes.

PORTERO.

Está bien, señorito.

ATANASIO.

(A OLEGARIO.) Amigo mío, hasta la vuelta. Recuerda que, según un adagio popular, tu edad está reñida con las mojaduras exageradas.

PEPITA.

Adiós, señor Cordero. Cuídeme usted del gato.

ATANASIO.

Será atendido como uno de mis deudos, y no digo deudas, porque no las atiendo.

PEPITA.

No le digo a usted nada.

ATANASIO.

Basta, basta. Ni una palabra.

PEPITA.

Ya sabe usted que...

ATANASIO.

Ni una palabra; he dicho que ni una palabra.

PEPITA.

Nada, que no me deja hablar. (*Saliendo por la derecha seguida de ANTONIA. Los mozos han salido también, llevándose los baúles.*)

OLEGARIO.

¡Adiós, Atanasio!

ATANASIO.

¡Adiós, Olegario! (*Se abrazan.*)

OLEGARIO.

¡Adiós, caro Cordero!

ATANASIO.

(En la puerta, despidiendo a OLEGARIO.) ¡Carísimo, carísimo!... No lo sabes tú bien.

PORTERO.

Voy a despedir a los señoritos, y en seguida subo a ponerme a las órdenes del señor. *(Sale el PORTERO por la derecha.)*

ESCENA VIII

ATANASIO, solo

ATANASIO.

Bueno; lo que me pasa a mí no le sucede a nadie. La portera me echa de la miserable habitación sin, donde pernoctaba mi cuerpo por el módico pago mensual de dos duros de alcoba, dos pesetas de lavado y dos reales de propina que pagábamos entre dos y que no cobraban hace dos meses, y heme de pronto instalado en una casa confortable y con tres mil pesetas en el bolsillo. Bueno; las tres mil pesetas como si no, porque hay que arreglar lo de don Inocente. En la despensa quedarán provisiones con las que refrigerar mi estómago, que ya no sé el tiempo que no come seguido. En estos armarios encontraré ropa. *(Abre el armario.)* ¡Panorámico! *(Acción mientras habla.)* Se han acabado los cuellos de papel, las botas rotas, las americanas raídas... Aquí hay cuellos almidonados, zapatos de charol, un chaquet, una chistera... *(Se ha quitado lo que llevaba y se pone las cosas según las va citando.)* Ahora una de estas flores en el ojal. *(Cogiendo una de un florero y poniéndosela.)* Fuera también estos pantalones. *(Se los quita, quedándose con unos calzoncillos ridículos y remendados.)* ¡Qué ganas tenía de perder de vista todos estos trapos!

Se los daré al portero. (*Cogiendo la ropa que se ha quitado y acercándose a la ventana.*) ¿Dónde dará esta ventana? Al patio. Muy bien. ¡Calla!; allí veo al portero, que sin duda viene para acá. (*Gritando.*) ¡Portero! ¡Portero! Sí, señor; yo. No, no necesito que suba. Tómese. Dé esa ropa al primero que pase. (*Tira por la ventana la que se ha quitado.*) ¡Adiós!; Hasta la vista! ¿Qué me falta a mí ahora? ¡Ah, es verdad! Los pantalones. (*Busca en el armario.*) Pues no veo ningunos... ¡Esto no puede ser!... A ver aquí... ¡Tampoco!... ¿Y aquí?... ¡Que si quieres! Nada, que no los hay. ¿Dónde voy yo ahora con esta facha? Pero, ¡Santo Dios!... ¿Y las tres mil pesetas? Juraría que no las he guardado. Nada, que no. Que... que... que las he tirado con la ropa. (*Se dirige a la ventana.*) Me olvidé de ellas. ¡Claro! La falta de costumbre de tener dinero. Y el portero se ha ido. (*Gritando por la ventana.*) ¡Portero! ¡Portero! ¡Portero! (*Aparecen por la derecha ANGELES "LA GADITANA" y la SEÑÁ RITA. La primera, joven y guapa, viste con lujo estrepitoso. La segunda es una cincuentona gorda y ridícula; parece una cocinera que se viste de señora por primera vez.*)

ESCENA IX

ATANASIO, ANGELES, la SEÑÁ RITA

SEÑÁ RITA.

Pues, hija. Esto paéce de película. No hay nadie en esta casa.

ATANASIO.

(*En la ventana, gritando.*) ¡Porterooooo!

ANGELES.

Por aquí grita alguien. ¿Se pué pasar?

ATANASIO.

¡Nada, que no aparece!

ANGELES.

(*Más alto.*) ¿Se pué pasar?

SEÑÁ RITA.

Adelante, chica, adelante. (*Entran.*)

ATANASIO.

(*Sin voltearse.*) ¿Y cómo bajo yo la escalera en esta facha?

ANGELES.

¡Ay, tía! (*Viendo a ATANASIO.*)

SEÑÁ RITA.

¿Qué hay?

ANGELES.

Hay..., hay... ¡Ay, qué vergüenza! (*RITA avanza y ve a ATANASIO.*)

SEÑÁ RITA.

¿No te lo dije? Del programa Ajuria. “La casa misteriosa, o el hombre en calzoncillos”.

ATANASIO.

(*Volviéndose.*) ¿Quién anda por ahí? ¡Atiza! ¡Una visita! Se... se... se... señora...

SEÑÁ RITA.

Na, buen hombre; no se avergüence usted. Chica, ámonos ahí ajuera, que entoavía no se pué pasar. Y avise cuando se adecente. (*Salen por la derecha.*) Quió decir, cuando se cambie de traje.

ATANASIO.

Pues no sé cómo voy a adecentarme. Y lo de cambiarme de traje... ¡Como no me vuelva del revés los calzoncillos! Bueno; me sentaré detrás de esta mesa. El caso es salir del apuro. (*Se sienta a la mesa, cubriéndose con el tapete.*)

SEÑÁ RITA.

(*En la derecha.*) ¿Se pué ya pasar?

ATANASIO.

Adelante, señoras, adelante.

ANGELES.

(¿Quién será este caballero?) Buenas tardes.

SEÑÁ RITA.

Mu güenas.

ATANASIO.

Tengo un verdadero placer en saludarlas.

SEÑÁ RITA.

¿Es esta, por un casual, la casa de don Olegario Gallina?

ATANASIO.

Aquí es, sí, señora.

SEÑÁ RITA.

Chica, asíentate. (*Se sientan.*)

ATANASIO.

Pero ¿quiénes serán?

ANGELES.

Y ¿dónde está Olegario?

ATANASIO.

Mi otro yo, mi otra mitad, mi cincuenta por ciento...

SEÑÁ RITA.

¿Qué dice usted?

ATANASIO.

De cualquiera de estas maneras puedo llamar a Olegario. Lo digo para que se den cuenta de nuestra amistad. Yo soy Cordero, Atanasio Cordero.

SEÑÁ RITA.

Muy Cordero mío.

ANGELES.

Tanto gusto.

ATANASIO.

Usted es bella, sencillamente bella. ¿Qué digo bella? Panorámica.

ANGELES.

Es usted muy amable.

ATANASIO.

La verdad debe decirse siempre.

SEÑÁ RITA.

Bueno; deje usted los piropos pa mejor ocasión y díganos dónde está Olegario...

ATANASIO.

(*Aparte.*) ¿Qué debo yo decir? (*Alto.*) Ole... Ole...

SEÑÁ RITA.

Le he dicho que basta de piropos.

ATANASIO.

Es que para hablar de Olegario empleo siempre el diminutivo.

ANGELES.

Bueno. Acabemos. Usted no me conoce a mí.

ATANASIO.

Ni usted a mí.

ANGELES.

Yo soy Angeles "la Gaditana".

ATANASIO.

¡Caramba! (*Aparte.*) Ya me había olvidado.

ANGELES.

Yo tengo un hijo de Gallina.

ATANASIO.

Ya estará hecho un pollo.

ANGELES.

Y el infame de Olegario no ha vuelto por mi casa desde que tengo el hijo. Ni siquiera a decirme cómo debíamos ponerle.

ATANASIO.

(*Semiaparte.*) De vuelta y media.

ANGELES.

¿Cómo?

ATANASIO.

Que ignoro todo eso.

SEÑÁ RITA.

Es un canalla, créame usted, un canalla. ¡Tener un hijo y no reconocerlo! ¿Usted no le reconocería?

ATANASIO.

En cuanto le viera dos veces. Yo soy muy buen fisio-
nomista.

ANGELES.

Conque diga usted a Olegario que salga, porque tengo prisa.

ATANASIO.

¿Y qué les digo yo? Porque son dos fieras. (*Aparte y luego alto.*) Pues Ole, Ole no está en casa.

SEÑÁ RITA.

(*Levantándose.*) Miente usted.

ATANASIO.

(*Aparte.*) Comienza la batalla.

SEÑÁ RITA.

Dígale que salga, o entro yo a buscarle. ¿Y sabe usted lo que va a pasar como dé lugar a que yo entre? Pues como dé lugar a que yo entre, a ese Gallina le dejo yo sin cresta. (*Acercándose.*) ¡Sin cresta! ¡Sin cresta!

ATANASIO.

(*Aparte.*) Comienza el fuego de fusil. (*Alto.*) Les aseguro a ustedes que no está en casa.

SEÑÁ RITA.

(*Golpeando la mesa.*) ¡Miente ustez! ¡Miente ustez y miente ustez!

ATANASIO.

(*Aparte.*) Primeros cañonazos. Bueno, yo se lo digo todo y salga el sol por donde quiera. (*Alto.*) Pues yo le digo a usted que no está en casa.

ANGELES.

Tía, cuando este caballero lo asegura... Y ¿cuándo volverá?

ATANASIO.

(*Aparte.*) Allá va eso. Menos mal que mi castillo tiene buena muralla. (*Por la mesa.*) (*Alto.*) Pues verán ustedes... Se fué, eso es, se fué, se fué y no sé, no sé cuándo vendrá.

SEÑÁ RITA.

Pero ¿usted se ha creído que le estamos preguntando por Mambrú? Vamos, acabe. ¿Cuándo volverá Olegario?

ATANASIO.

Pues volverá... (*Aparte.*) Me van a hacer pedacitos así. (*Alto.*) A fines de verano.

ANGELES.

¿Qué dice usted?

SEÑÁ RITA.

Pues ¿dónde ha ido?

ATANASIO.

(*Aparte.*) Agárrate, Atanasio, que van a asaltarte la muralla. (*Alto.*) Pues ha ido a San Sebastián.

SEÑÁ RITA.

(*Pegando en la mesa.*) ¡Falso, falso y falso!

ATANASIO.

(*Aparte.*) Nuevos cañonazos contra la fortaleza.
(*Alto.*) Completamente cierto. Ha marchado a San Sebastián con su mujer.

ANGELES.

¿Con su mujer? Pero si es soltero.

SEÑÁ RITA.

¡Este tío es un infundioso!

ANGELES.

¡Un embustero!

SEÑÁ RITA.

¡Tan embustero como el otro!

ANGELES.

¡Y tan sinvergüenza!

SEÑÁ RITA.

¡Y tan canalla!

ATANASIO.

(*Aparte.*) Fuego graneado en todo el frente. Arrojo en las defensas. (*Alto.*) Señoras, yo no miento. Olegario es casado, y se ha ido a veranear con su mujer. Pueden preguntarle a los vecinos.

SEÑÁ RITA.

¿De modo que es verdad? De forma que Gallina...

ATANASIO.

Ha ahuecado el ala.

ANGELES.

¡Ay, tía, qué desgraciada soy, qué desgraciada soy!

ATANASIO.

(*Aparte.*) Cede el flanco derecho.

SEÑÁ RITA.

Y ¿cuándo se ha marchado?

ATANASIO.

Hace unos minutos ha salido para la estación.

SEÑÁ RITA.

¿Hace unos minutos? Pues vamos allá.

ATANASIO.

(*Aparte.*) El enemigo se retira.

SEÑÁ RITA.

El señor nos acompañará.

ATANASIO.

¿Yo? Imposible.

SEÑÁ RITA.

¡Que se cree usted eso! Usted nos acompañará, porque si no lo saco yo a patás.

ATANASIO.

(*Aparte.*) Se repite el asedio.

ANGELES.

Sí, señor, a patadas.

ATANASIO.

El flanco derecho se rehace. (*Aparte.*) Va a empezar el asalto al castillo...

SEÑÁ RITA.

Conque, andando...

ATANASIO.

Bueno, no tengo inconveniente en acompañarlas, pero antes es preciso que una de ustedes me haga la merced de subirme los pantalones.

ANGELES.

¿Qué?

SEÑÁ RITA.

¿Cómo?

ANGELES.

¡Habrás visto el sinvergüenza!

SEÑÁ RITA.

De modo que además quiere usted burlarse de nosotras, ¿eh? Pues ahora verás tú. (*Le da un empujón a la mesa.*)

ATANASIO.

(*Aparte.*) ¡Ya he perdido la muralla!

SEÑÁ RITA.

Ea, vístase usted y síganos...

ATANASIO.

Señora, yo...

SEÑÁ RITA.

A menos que no quiera usted que lo saquemos así a la calle...

ATANASIO.

Pero si es que...

SEÑÁ RITA.

Pero ¿es que yo hablo chino, u qué? (*Le zarandea y le tira la chistera.*)

ATANASIO.

Ya he perdido hasta la torre. No hay resistencia posible. ¡Sálvese el que pueda! (*Sale corriendo; desaparece por la izquierda, y cierra la puerta por dentro.*)

ANGELES.

¡Canalla!

SEÑÁ RITA.

¡Sinvergüenza!

ANGELES.

¡Mal hombre! (*Comienzan a tirarlo todo contra la puerta.*)

SEÑÁ RITA.

Nos vamos a la estación, pero golveremos, y como güelva, sonríase de lo del asalto de las tahonas y carcajéese de una mala tarde del "Gallo". (*Salen las dos por la derecha. Pausa. ATANASIO asoma la cabeza y mira a todos lados. Ve la chistera, saca una mano, la coge y se la pone.*)

ATANASIO.

¡Panorámico!... ¡Eh? Parece que suben otra vez. Y entran en la casa. Atanasio, a la trinchera. (*Se oculta y cierra. Entra PÉREZ por la derecha.*)

ESCENA X

ATANASIO y PÉREZ

PÉREZ.

Menudo pisotón me ha dado la una, y menudo empujón me ha dado la otra. Pues no llevaban prisa, que digamos. (*ATANASIO asoma la cabeza. PÉREZ advierte el*

desorden que reina en la habitación.) Sillas caídas, ropas tiradas, zapatos, tazas rotas... ¿Qué ha sucedido aquí?

ATANASIO.

La batalla del Marne. *(Sale.)*

PÉREZ.

Y tú, ¿qué haces ahí con esa chistera y en paños menores?

ATANASIO.

Ya te explicaré. Ahora es preciso que corras, que vuelas, que busques al portero y le pidas la ropa que le he dado.

PÉREZ.

Pero explicame.

ATANASIO.

No hay tiempo. Bástete saber que sin fijarme le he dado una americana que tenía tres mil pesetas. Anda. A prisa.

PÉREZ.

Bueno. Te advierto que suben.

ATANASIO.

¿Quién?

PÉREZ.

Los viajeros. El comandante, su mujer y la servidumbre. No he conseguido detenerlos.

ATANASIO.

Pero ¿cómo los recibo yo en esta forma?

PÉREZ.

Pues no tienes tiempo de nada, porque ya están ahí.

ATANASIO.

Bueno. Utilizaremos el tapete. Vamos. Corre tú a lo que te he mandado. (PÉREZ sale por el foro. ATANASIO vuelve a sentarse detrás de la mesa. Se oye la voz de PÉREZ.)

PÉREZ.

Por ahí, sí, señor; por ahí.

ATANASIO.

¡En menudo lío me he metido! (Entran por la derecha DON INOCENTE, hombre de cuarenta años, hercúleo, con barba cana y gafas redondas; DOÑA TRINIDAD, mujer joven y guapa; PANCHO, negro vestido de blanco.)

ESCENA XI

ATANASIO, DOÑA TRINIDAD, PANCHO, DON INOCENTE;
luego PÉREZ

DON INOCENTE.

(Con marcado acento americano.) ¡Hola, mi amigo! ¿Cómo me dise que le va?

ATANASIO.

Mi señor don Inocente de las Gomeras, bien venido al ínclito solar de Don Quijote.

DON INOCENTE.

Voy a presentarle a mi señora. Trinidad, aquí tienes al señor don Atanasio Cordero, de quien tanto te hablé.

TRINIDAD.

Mucha satisfacción en conocerle.

ATANASIO.

Señora...

TRINIDAD.

Ya sólo falta que nos conduzca usted a nuestra casa...

ATANASIO.

A su casa, ¿eh? A su casa...

TRINIDAD.

Rabio por verla.

DON INOCENTE.

Y yo también.

ATANASIO.

¡Y yo, y yo también estoy rabiando! (*Entra PÉREZ.*)
Con permiso, voy a darle un recado a mi amigo. (*Acer-
cándose a PÉREZ y aparte.*) ¿Y la ropa?

PÉREZ.

Voló.

ATANASIO.

¿Qué dices?

PÉREZ.

Que el portero se la ha dado a un golfillo que pasaba.

ATANASIO.

¡Ay, Pérez! Yo me pongo muy malo... Las piernas
me tiemblan...

PÉREZ.

Valor. Que lo van a notar.

DON INOCENTE.

Bueno. ¿Dónde está la casa?

PÉREZ.

¿Qué vas a hacer ahora?

ATANASIO.

Ahora... Ahora... Ahora verás. Pues la casa... la casa... Han tomado ustedes posesión de ella... Sujétame, Pérez, que me caigo.

DON INOCENTE.

¿Es esta?

TRINIDAD.

Muy linda... Muy linda...

ATANASIO.

¡Mi americana!... ¡Mis tres mil pesetas!... ¡Ay, no puedo más, me caigo! (*Se desmaya.*)

DON INOCENTE.

¿Qué le pasa, amigaso?

TRINIDAD.

¿Qué le sucede, mi viejo?

PÉREZ.

Nada, no es nada: un ligero vahído.

ATANASIO.

(*Delirando.*) ¡Las tres mil! ¡Las tres mil!

DON INOCENTE.

Delira.

PÉREZ.

Eso es: delira...

TRINIDAD.

¿Y por qué ha sido?

ATANASIO.

(*Idem.*) ¡La americana!...

PÉREZ.

Ya lo oye usted: por la americana.

DON INOCENTE.

¿Por qué americana?

PÉREZ.

¿Pues por cuál va a ser? Por... por... por su señora.

DON INOCENTE.

¿Cómo por mi señora?

PÉREZ.

(*Aparte.*) ¡Atiza! (*Alto.*) Es que también él tuvo una señora que era americana. Al recordarlo se impresionó, y...

ATANASIO.

(*Delirando.*) ¡La americana!... ¡La americana!...

TRINIDAD.

¿Se le murió?

PÉREZ.

No... Sí... Digo...

ATANASIO.

(*Delirando.*) ¡Se fué!... ¡Se fué!...

PÉREZ.

Ya lo oyen ustedes: se fué.

ATANASIO.

(Declirando.) ¡Con un golfillo!...

PÉREZ.

Eso es: con un golfillo.

DON INOCENTE.

¡Desgraciado! ¡Este hombre es toda una tragedia! *(Al hacer un movimiento se le cae el tapete a CORDERO.)*

TRINIDAD.

¡Si está en paños menores!

PÉREZ.

¡Ya lo ve usted, señor! ¡Este hombre es toda una tragedia en calzoncillos!

TELÓN



ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Las ocho y media de la noche. Lámparas encendidas.

La escena aparece sola. A poco se oye a Pancho cantar dentro.

ESCENA PRIMERA

PANCHO, luego PASCUALA

PANCHO.

(Dentro, cantando.)

De la caña se saca el azúcar;
agua dulce se saca del coco,
y de un hombre que tiene dinero
se saca muy poco, se saca muy poco.

(Aparece en la puerta del foro derecha con una dulcera de cristal en la mano, en la que mete los dedos, chupando después. Avanza a primer término.) La verdad es que este dulcesito está como pa esperar el santolio chupándose los deos. Es un dulce de fruta que cuando ya no tenga na que chupar en los deos, voy a adquirí

el visio de morderme las uñas. (*Sigue su operación. Aparece por el mismo sitio PASCUALA, que lo mira sin que él la vea.*)

PASCUALA.

¡Habrás visto sinvergüenza! Pues no está metiendo la mano en el postre de los señoritos.

PANCHO.

(*Cantando entre dientes y relamiéndose.*)

De la caña, de la caña, de la caña...

PASCUALA.

Pero ¿qué sacará con eso?

PANCHO.

se saca el azúcar,
y agua dulce y agua dulce...

PASCUALA.

Y tan dulce...

PANCHO.

Bueno; es que está que me dan ganas de meter la lengua. Porque hay que ver esta siruela. (*Sacando una y comiéndosela.*) ¡Y qué guinda, señor! (*Idem.*) ¡Y qué pasa!... (*Idem.*)

PASCUALA.

(*Dándole en el hombro.*) Eso digo yo, ¿qué pasa?

PANCHO.

(*Tapando la dulcera.*) Pues mire la niña, ya no pasa na más, porque a poco si me atraganto del susto.

PASCUALA.

Meter la mano en la dulcera... ¿Qué dirían los se-

ñoritos si lo viesen? (*Quitádosela.*) Trae acá, que como se derrita un dedo van a creer que comen calamares en tinta.

PANCHO.

Pues mire la niña, es que como sabía que lo había hecho su mersé con esas manos tan blancas... (*Tratando de cogérselas.*)

PASCUALA.

Aparta, que destiñes. (*Suena un timbre.*)

PANCHO.

¡Ay, Pascua!

PASCUALA.

Y corre a abrir la puerta, que acaba de sonar el timbre. (*Arrepentida.*) Espera, iré yo, no sea visita y vayas a meter la pata. (*Le da la dulcera, y PANCHO se dirige a la derecha.*) Aguarda. Trae. No vayas a meter el dedo. (*Le quita la dulcera y sale por la puerta del foro izquierda.*)

PANCHO.

(*Saliendo por la derecha.*) Pero ¿por qué tendrá uno esta famita? (*Pausa. A poco entra otra vez PANCHO por la derecha, seguido de PÉREZ.*)

ESCENA II

PÉREZ, PANCHO; luego PASCUALA

PANCHO.

Pase, mi amito, pase.

PÉREZ.

Hola, hampo de nieve. ¿Está el señor Cordero?

PANCHO.

Terminandito de cenar.

PÉREZ.

Pues corre y dile que le aguardo con urgencia.

PANCHO.

Ahorita mismo. *(Se dirige al foro izquierda a tiempo que entra PASCUALA por dicho sitio.)*

PASCUALA.

¿Quién era? *(Viendo a PÉREZ.)* ¡Ah! Buenas noches. *(Sale PANCHO por el sitio indicado.)*

PÉREZ.

Buenas noches, Pascua.

PASCUALA.

Don Atanasio está terminando de cenar.

PÉREZ.

Ya han ido a avisarle. ¿Y tus señoritos?

PASCUALA.

Mi comandante y la señora están en la mesa con don Atanasio. Si no manda nada más...

PÉREZ.

Nada. Digo, sí. Tengo una curiosidad. Oye, Pascua: ¿tú tienes novio?

PASCUALA.

No, señor.

PÉREZ.

¿De verdad, de verdad?

PASCUALA.

De verdad, de verdad.

PÉREZ.

(*Aparte.*) Pues no me lo explico.

PASCUALA.

¿Por qué es la pregunta?

PÉREZ.

No... Por nada.

PASCUALA.

Ahí tiene usted al señor Cordero. (*Aparece CORDERO por la puerta del foro izquierda. PASCUALA se va por el foro derecha.*)

ESCENA III

ATANASIO y PÉREZ. PANCHO, que entra y sale.
Luego DOÑA TRINIDAD.

ATANASIO.

¿Qué me dice Pancho, querido Pérez? Que tienes que comunicarme algo de tanta urgencia, que he debido dejar de comer un dulce de fruta que a su lado la ambrosía de los dioses olímpicos debe ser una especie de caldo azafranado.

PÉREZ.

Estaba bueno, ¿eh?

ATANASIO.

Panorámico.

PÉREZ.

¿Y has comido bien?

ATANASIO.

Heliogabálicamente.

PÉREZ.

Lo siento.

ATANASIO.

Hombre, que me haya sido imposible hacer a D. Inocente tomar dos secretarios no es para que lamente mi bienestar.

PÉREZ.

No, si lo siento por ti. Me da pena cortarte la digestión.

ATANASIO.

¿Ocurre algo grave?

PÉREZ.

Ocurren muchas cosas. En primer lugar, no sé si te habrás dado cuenta de que estamos a últimos de agosto y que, dentro de muy pocos días, en las playas del Norte comienza a refrescar.

ATANASIO.

No me digas nada. Hace muchas noches que sueño que el cierzo helado de la montaña me azota las mejillas; que las azuladas, espumosas y bramadoras olas del Cantábrico me azotan las carnes; que Olegario Gallina me azota más que las olas y los vientos.

PÉREZ.

Panorámico, como tú dices. Pero tú descubres un medio de arreglar la cosa. Aprovechas las amplias facultades que te concedió Gallina delante del portero y pones la casa a tu nombre; después te vas a ver a un

prestamista y tomas cinco mil pesetas sobre el mobiliario de esta vivienda.

ATANASIO.

Con la sana intención de amueblar otra y proceder a la mudanza antes de la llegada de la otra familia Gallina.

PÉREZ.

Pero el caso es que coges las cinco mil del ala y al día siguiente no te quedaba ni un céntimo. ¿Quieres decirme lo que hiciste con ellas?

ATANASIO.

La ambición, Pérez, la ambición. Aquel día había visto tres curas juntos, dos monjas de frente, un tronco de caballos perfectamente blanco y un carro de mudanzas perfectamente lleno, y yo me dije: Cordero, la buena suerte te acompaña. Llegué al Casino, me acerqué al treinta y cuarenta, miré a la pizarra y vi que se acababa de dar una baraja a negro. Tú sabes que mi color es el encarnado.

PÉREZ.

Únicamente cuando juegas.

ATANASIO.

Pues pongo un billete a encarnado, y negro. Pongo otro, y lo mismo. Tripito, y lo mismo... ¡Doce negros seguidos! A la trece cambia, me digo; pongo lo que me quedaba, y plenamente convencido le digo a uno que jugaba a mi lado: "Ahora viene el rojo." Y me contesta: "Ahora viene el negro." (*En este momento aparece PANCHITO en el foro izquierda y cruza la escena con unos platos, desapareciendo por el foro derecha.*)

PÉREZ.

Y vino...

ATANASIO.

(Señalando a PANCHO.) Más negro que ése.

PÉREZ.

Pues ahora viene la mujer del negro.

ATANASIO.

Tu anuncio tenebroso me hace temblar.

PÉREZ.

He estado en el Juzgado y me han dicho que no pueden esperar más, y que como no has procedido a la entrega de las cinco mil beatas, los réditos y las costas, mañana a primera hora procederán al embargo de tus bienes.

ATANASIO.

¿De qué bienes?

PÉREZ.

De este mobiliario que aparece como de tu propiedad.

ATANASIO.

Es cierto. Ya lo había olvidado.

PÉREZ.

¿Qué piensas hacer?

ATANASIO.

Yo tenía buscada una solución. Había extendido unas letras para que me las aceptase don Inocente. Este se ha negado, y aquí las tienes inservibles. (Se las enseña.)

PÉREZ.

¿Y no se te ocurre nada?

ATANASIO.

Nada.

PANCHO.

(*Dentro.*) De la caña se saca el asúcar,
agua dulce se saca del coco...

PÉREZ.

Empeña algo.

ATANASIO.

Pero si ya no tengo qué empeñar.

PANCHO.

(*Apareciendo en el foro izquierda con unos platos y
cruzando la escena cantando.*)

y de un hombre que tiene dinero...

ATANASIO.

Y aunque hubiese algo no darían lo suficiente.

PÉREZ.

Como que de las casas de préstamos...

PANCHO.

(*Cantando.*) Se saca muy poco, se saca muy poco (*).

(*Sale por el foro derecha.*)

ATANASIO.

¿Qué dice esa cerilla apagada?

PANCHO.

Ya lo oyes. Que se saca muy poco.

(*) Procúrese que el cantar se ajuste al diálogo para que coincidan la frase de «Pérez» y el último verso.

ATANASIO.

Pues no tengo más solución que empeñar.

PÉREZ.

Pero ¿qué vas a empeñar?

ATANASIO.

(*Mirando derecha.*) ¡Chist! ¡La americana! (*Viendo aparecer a DOÑA TRINIDAD en el foro izquierda.*)

PÉREZ.

Tú te has vuelto loco. ¿Qué te van a dar de empeño por una americana?

ATANASIO.

Pero ¿de qué hablas?

PÉREZ.

De eso, del empeño...

ATANASIO.

Pero qué empeño, hombre; qué empeño...

PÉREZ.

Pues...

ATANASIO.

Que empeño en sacar las cosas de quicio. Yo te quiero a ti como a un hijo, y a Don Inocente como a un hermano...

PÉREZ.

Pero ¿qué dices?

TRINIDAD.

¿Qué les sucede? (*Acercándose.*)

ATANASIO.

¡Ah! Mi amable y distinguida Doña Trinidad. Pérez, que es algo celosillo y cree que el afecto que tengo a su esposo de usted hace que decrezca el que a él le profeso. Por esto disputábamos. Yo trataba de convencerle, y él empeñado en lo contrario. (DON INOCENTE ha aparecido en el foro izquierda y ha escuchado las últimas frases.)

ESCENA IV

DOÑA TRINIDAD, ATANASIO, PÉREZ, DON INOCENTE;
luego PANCHO.

DON INOCENTE.

¿Conque es usted envidiosillo?

PÉREZ.

Envidioso, precisamente, no. Es que la amistad que me une a Cordero más que amistad es una hermandad.

ATANASIO.

Le conocí cuando era niño; puedo decir que se ha criado a mis pechos; le he enseñado las primeras letras...

PÉREZ.

Y las últimas.

ATANASIO.

Eso es, y las últimas... (*Aparte.*) que no me sirven para nada.

DON INOCENTE.

Pues no se apure, pollo; fuera selitos. Aquí lo queremos a usted tanto como a Cordero. Los que hemos vivi-

do casi siempre entre fieras tenemos el corazón muy grande para los hombres.

PÉREZ.

Sí, ya me han dicho que es usted un cazador formidable.

DON INOCENTE.

Regulá, na más.

ATANASIO.

¡Cómo, regular!

TRINIDAD.

Un asombro, amigo Pérez, un asombro. Ha casao tigrés...

DON INOCENTE.

Pequeñeses...

TRINIDAD.

Y panteras...

DON INOCENTE.

Pequeñeses...

TRINIDAD.

Y leones...

DON INOCENTE.

Pequeñeses...

ATANASIO.

Y elefantes gigantescos...

DON INOCENTE.

Pequeñeses, sólo pequeñeses.

TRINIDAD.

Ustedes no tienen idea de la fortaleza de mi marido.

PÉREZ.

No, si ya se le ve.

TRINIDAD.

Pues aun aparenta menos de lo que es. El, con un hombro, levanta un carro cargado de bananas; con el brazo izquierdo levanta a pulso tres hombres juntos; con un pie... Mire, una vez, jugando al *foot-ball*, le dió una patada a la pelota, y...

ATANASIO.

Tendrían que ir a buscarla en motocicleta.

TRINIDAD.

No, señor, que la deshinchó.

ATANASIO.

¡Panorámico!

TRINIDAD.

Pues ¿y con la cabeza?...

ATANASIO.

¡Oh! Con la cabeza debe hacer horrores.

DON INOCENTE.

Me confunden ustedes...

ATANASIO.

No, mi comandante; no le confundimos.

TRINIDAD.

En fin, ya ven ustedes si tendrá fuerza. Una vez, a un negrito que medía dos metros de artura...

ATANASIO.

¿Y a eso llama usted un negrito?

TRINIDAD.

Pues a ún negrito que medía dos metros le dió un puñetazo en la coronilla y en sero sesenta y sinco me lo dejó.

ATANASIO.

(A PÉREZ.) ¡Qué tío, para tocar el acordeón!

DON INOCENTE.

Sí, yo he tenido siempre negros fuertes para darme el gusto de luchar con ellos. Los negros me han costao una fortuna...

ATANASIO.

Como a mí. Los negros son terribles.

TRINIDAD.

¿Y creerán ustedes que un hombre así es una fiera? Pues, no, señores. Es cariñosísimo. Desde muy joven sostiene cuatro casas.

ATANASIO.

¿También a pulso?

DON INOCENTE.

Sí, señor, a pulso: la de mi madre, las de mis hermanos y la mía. Yo soy un hombre de gran corazón. Muy amigo de mis amigos. Ahora que el que me la hace, me la paga.

ATANASIO.

(Aparte.) ¡María Santísima!

PÉREZ.

(*Aparte, a CORDERO.*) Te veo en cero cuarenta.

ATANASIO.

(*Aparte.*) Me veo de fuele.

TRINIDAD.

Eso sí; no perdona una mala acción.

DON INOCENTE.

Ya ve usted. Una vez uno me debía unos pesos; se los pedí, y me dijo que no me los daba, porque se le había metido entre seja y seja no pagarme.

ATANASIO.

¿Y usted, qué hizo?

DON INOCENTE.

Le metí una balita entre seja y seja. Yo, por ejemplo, soy capaz por usted del mayor sacrificio; pero a mí me hace usted una granujería y saco esta pistolita (*Una muy grande.*) y no lo cuenta.

PÉREZ.

¡Qué bruto!

ATANASIO.

Conque esa pistolita. ¿eh? Hombre, hágame el favor de guardar ese dije. (*Con miedo.*)

DON INOCENTE.

No tenga miedo. Está en el seguro.

ATANASIO.

El que no está seguro soy yo. ¿De modo que a la menor granujería...? (*Temblando.*)

DON INOCENTE.

Como usted lo oye.

ATANASIO.

(A PÉREZ.) Ve preparando mi sepelio. (*Alto.*) Vaya, vaya con mi comandante. Panorámico. (*Tratando cómicamente de ocultar el miedo.*)

TRINIDAD.

Pues no lo creerán ustedes; pero un hombre tan valiente, que ha dormido en las selvas vírgenes al sielo raso, en la siudá tiene un miedo espantoso.

ATANASIO.

¿Qué me cuenta usted?

TRINIDAD.

Lo que usted oye; no se acuesta nunca sin mirá debajo de las camas, en todas las habitaciones, y hasta echa los pestillos de las puertas.

DON INOCENTE.

No es miedo, ¿saben?, es precaución. A las fieras se las siente venir; a los hombres, no...

PANCHO.

(*Entrando por el foro derecha.*) Aquí tiene el gabán y el sombrero sepillaos, mi comandante.

TRINIDAD.

Trae, y puedes acostarte cuando quieras.

PANCHO.

Ahorita mismo. (*Sale por el mismo sitio.*)

ATANASIO.

De modo que ahora al Casino hasta el amanecer.

DON INOCENTE.

Es mi único visio. Si alguno de ustedes quiere acompañarme...

ATANASIO.

Muchas gracias. Tengo que madrugar.

TRINIDAD.

¿Tardarás?

DON INOCENTE.

Como todas las noches. Vaya, que ustedes descansen. Y no me sea más selosillo. *(Da la mano a ATANASIO tan efusivamente, que éste hace un gesto cómico de dolor. A PÉREZ le da cariñosamente en el hombro al decirle la última frase y le hace tambalearse. Luego sale por la derecha, seguido de TRINIDAD.)*

ESCENA V

ATANASIO y PÉREZ

ATANASIO.

Este hombre me ha dejado temblando.

PÉREZ.

Como que si se entera de tus hazañas...

ATANASIO.

No hay salvación. Me hace fosfatina.

PÉREZ.

¿Y ahora se marcha al Casino?

ATANASIO.

Hasta por la mañana.

PÉREZ.

Según parece, se divierte extraordinariamente.

ATANASIO.

No me digas nada. Lleva una existencia panorámica. Tiene tantas mujeres como un sultán. Una muy guapa, para andar por las calles y que le vean con ella; otra elegante, para asistir a los teatros, y otras alegres, para correr juergas.

PÉREZ.

Y su mujer, para andar por casa.

ATANASIO.

Vamos, que Trinidad no es una americana: es un pijama.

PÉREZ.

Hay que ver. Tan guapa, tan elegante, siempre pendiente de su marido...

ATANASIO.

¡Ay, Pérez! Si yo te dijera que, según me va pareciendo, ella somete a Don Inocente a la pena del Talión.

PÉREZ.

¿Qué quieres decir?

ATANASIO.

Ojo por ojo, diente por diente, amante por amante.

PÉREZ.

¿Has observado algo?

ATANASIO.

Todas las noches veo apostado en el portal de enfrente un pollo elegante que no quita la vista de los balcones.

PÉREZ.

Sí. Hoy le he preguntado a Pascua si era su novio y me ha dicho formalmente que no. Pero he notado cierta sonrisilla...

ATANASIO.

¡Ay, Pérez! También he visto yo a ese pollo, y no me cabe duda de que viene por alguien de esta casa.

PÉREZ.

¿Por quién vendrá?

ATANASIO.

Eso mismo me pregunto yo. ¿Por quién vendrá? ¿Si será por la Pascua o por la Trinidad?

PÉREZ.

Además, la otra noche, cuando Don Inocente salió estaba su mujer en el balcón diciéndole adiós con un pañuelo blanco y, apenas dobló la esquina, hizo señas a alguien con un pañuelo rojo. ¿Qué señal era ésta?

ATANASIO.

En la plaza de toros, banderillas de fuego. Nada, lo que te digo, Pérez. Cada vez me convenzo más de que a las mujeres hay que mimarlas de continuo. ¡Ay, si yo me hubiese comportado de otra manera con Cruz!

PÉREZ.

Bueno; déjate de romanticismos y vamos a lo interesante. ¿Cómo solucionamos el conflicto del embargo? ¿A ti no se te ocurre nada? ¿No hallas ninguna solución?

ATANASIO.

Espera... No... Sí... Bueno... Claro... Eso es. (*Como si meditase.*)

PÉREZ.

¿A qué viene ese silabeo telefónico?

ATANASIO.

A que el horizonte se despeja; a que vamos a tener dinero; a que pagaremos al Juzgado.

PÉREZ.

¿Qué vas a hacer?

ATANASIO.

Salir a la calle ahora mismo.

PÉREZ.

¿A qué?

ATANASIO.

A unas pignoraciones maquiavélicas. He visto en la sala unos frescos que me parecen de Goya, y unas tablas que me parecen de Rubens; y en el comedor he visto unos pasteles...

PÉREZ.

¡Cordero!...

ATANASIO.

Que me parecen de Sorolla. Y con unos marcos de época, que hacen época.

PÉREZ.

¿Pero tú crees que con eso...?

ATANASIO.

Ni una palabra. Espera, aguarda, vigila. (*Hace mutis por el foro derecha.*)

PÉREZ.

Bueno... Este sinvergüenza de Atanasio se está ju-

gando la epidermis a una carta, y como le venga la contraria, ¡*tableau!* (*Pausa.*)

(*Entra PASCUALA por el foro derecha.*)

ESCENA VI

PÉREZ y PASCUALA.

PASCUALA.

¿Qué deseaba usted?

PÉREZ.

¿Yo? Yo no te he llamado.

PASCUALA.

Pues el señor Cordero ha entrado en el comedor y me ha dicho que usted me necesitaba.

PÉREZ.

¡Ah! Sí, sí. Ahora recuerdo. Sí, es verdad. Yo te necesitaba... Pero... ¿Para qué te necesitaba yo? (*Aparte.*) Este Cordero me pone en unos compromisos...

PASCUALA.

Pues usted me dirá.

PÉREZ.

Eso es. Yo te diré... (*Aparte.*) ¿Qué la voy a decir? (*Alto.*) Pues, nada. No era nada. Que tenía sed y... Pero ya se me ha quitado.

PASCUALA.

Entonces... (*Inicia el mutis.*)

PÉREZ.

Aguarda... ¿Se ha acostado ya el negro?

PASCUALA.

Debe estar acostándose. ¿Quiere usted que le llame?

PÉREZ.

No, no hace falta... Vaya, vaya, vaya. ¿Y la señorita?

PASCUALA.

En la cocina la dejé.

PÉREZ.

¿Conque en la cocina? Muy bien, muy bien. (*Aparte.*) Nada, que no sé qué decirle... (*Alto.*) ¿De modo que el negro se está acostando, y la señorita está en la cocina? Perfectamente. ¿Qué hora será? (*Sin saber cómo entretenerla.*)

PASCUALA.

No lo sé a punto fijo. Si quiere iré a mirarlo al comedor. (*Inicia el mutis.*)

PÉREZ.

No, al comedor, no. (*Deteniéndola.*)

PASCUALA.

¿Por qué?

PÉREZ.

Porque el reloj del comedor adelanta... Eso es, adelanta.

PASCUALA.

Lo miraré en el de la sala. (*Inicia el mutis.*)

PÉREZ.

Tampoco. El de la sala atrasa. (*Deteniéndola.*)

PASCUALA.

Se lo preguntaré al señor Cordero. (*Idem.*)

PÉREZ.

Menos todavía. El reloj del señor Cordero se ha parado.

ATANASIO.

(*Entrando por el foro derecha.*) ¿Y quién te ha dicho esa majadería? Mi reloj no se para jamás. Las nueve y media en punto. Pascuala, creo que la señorita te llama desde la cocina. (PASCUALA *se va por el foro izquierda.*)

PÉREZ.

Tienes unas maneras de quitarte estorbos, que pones a los demás en unos compromisos...

ATANASIO.

Espera. (*Se dirige a la puerta por donde ha salido y saca unos cuadros y un plato con un pollo asado.*)

ESCENA VII

ATANASIO y PÉREZ.

ATANASIO.

Vini, vide, vici.

PÉREZ.

¿Qué dices?

ATANASIO.

Que en la sala encontré las tablas y los frescos, y en el comedor los pasteles y este pollo.

PÉREZ.

Pero Cordero, ¡no respetas ni las aves!

ATANASIO.

Querido Pérez, cuando la gula dice allá voy, no se detiene en pollos más o menos fiambres. Voy a escondérlo entre la ropa de este armario. Menudo desayuno. (*Mete el pollo en el armario y cierra.*) Y ahora, a la pignoración.

PÉREZ.

¿Pero cómo vas a pignorar nada a estas horas?

ATANASIO.

Conozco un sitio donde me abren por el portal a cualquier hora que me presente. Tú te vas ahora mismo al café de las Salesas, donde estará Rodríguez, el secretario del Juzgado, y le dices que mañana serán retiradas las letras. Y como vendrás antes que yo, toma el llavín, abres, lo dejas debajo del limpiabarros para cuando yo venga y me esperas en mi cuarto.

PÉREZ.

Y mañana, ¿cómo vas a explicar la desaparición de los cuadros?

ATANASIO.

Ya tengo mi idea. Fingiremos un robo esta misma noche, antes de que venga don Inocente. Y si hace falta, amordazaremos a la servidumbre.

PÉREZ.

Sí, hombre, sí; no te paras en barras. Y si nos descubren, a presidio.

ATANASIO.

Déjame obrar. Coge esos cuadros. Yo estos, y a la calle...

PÉREZ.

Pero...

ATANASIO.

Ni una palabra más. Que la musa pictórica nos acompañe. (*Salen por la derecha. Entra PASCUALA por el foro izquierda, mirando a todos lados sigilosamente. Sale por donde lo hicieron CORDERO y PÉREZ, y luego vuelve a escena y se va hacia el foro, por donde llama.*)

ESCENA VIII

TRINIDAD y PASCUALA.

PASCUALA.

(*En el foro izquierda.*) ¡Señorita!... ¡Señorita!...
(*Entra Trinidad por el sitio indicado.*)

TRINIDAD.

¿Se fueron?

PASCUALA.

Sí, señorita; acaban de salir ahora mismo.

TRINIDAD.

¿Y Pancho?

PASCUALA.

Se ha acostado ya.

TRINIDAD.

Está bien; asómate a ver si está ya ahí el señorito Luis.

PASCUALA.

(*Mirando por el balcón.*) Sí, ahí está. En el quicio del portal de enfrente.

TRINIDAD.

Toma el pañuelo y hazle la señal convenida. (*Le da un pañuelo rojo.*)

PASCUALA.

Y que ya es tiempo de que suba, porque empieza a llover. (*Hace la seña.*) Ya me ha visto. Ahora cruza. Ya entró.

TRINIDAD.

No sé explicar por qué, pero cada día que pasa estoy más enamorada de este hombre.

PASCUALA.

Por lo que veo, a él le pasa lo mismo. ¡Mire usted que venir desde América siguiéndola!

TRINIDAD.

Ya ves si nos queremos, que nos estamos jugando la vía con la fiera de mi marío.

PASCUALA.

La verdad es que si el señor se enterase...

TRINIDAD.

Mejor es que no pensemos en ello. Esto ya no tiene remedio. Estoy loquita.

PASCUALA.

Es que él se lo merece. Es un real mozo.

TRINIDAD.

Y cuando habla... Tiene una conversación que cautiva... Tan expansivo... Tan gracioso... (*Suspira.*) Bueno, ves a abrirle, que ya habráá subío la escalera. (*Sale PASCUALA por la derecha. Pausa. Vuelve a entrar seguida de LUIS.*)

ESCENA IX

TRINIDAD, PASCUALA, LUIS; luego, menos PASCUALA.

LUIS.

(*Tartamudeando.*) Trí... Tri... Tri... Tri... Trini de mi vi... vi... de mi vi... vi... da.

TRINIDAD.

¡Mi Luis!

PASCUALA.

(*Aparte.*) Eso sí, como gracia, tiene gracia hablando.
(*Sale por el foro izquierda.*)

LUIS.

Esta noche esperaba mi co... mico...

TRINIDAD.

Es que mi marido salió tarde...

LUIS.

Esperaba mi corazón con un ansia que nunca he senti... sentido. Yo no sé lo que me suce... sucede, que cada día que papa... que papa... que pasa, temo más a tu mama... a tu marido.

TRINIDAD.

Y ¿por qué, mi niño?

LUIS.

No tienes idea de los sustos que me llevo... Me parece a cada momo... momento que pasa que, enterado de toto... todo, va va... va va... va a buscarme, pistola en mama... en mama... en mano... para meterme una balita entre cece... y ce... ceja.

TRINIDAD.

Desecha esos temores, mi viejo.

LUIS.

Tú no sabes el ojo que tengo que tener en el cír... círculo, porque estoy viendo que un día lo sabe y me da un pun... pun...

TRINIDAD.

(*Asustada.*) ¿Un tiro?

LUIS.

Y me da un puntapié en el mismo cír... culo.

TRINIDAD.

El no sospecha.

LUIS.

Año... Anoche mismo me llevé un susto espan... toso.

TRINIDAD.

¿Por qué?

LUIS.

Figúrate el miedo que pasé cuando un amigo me dijo que viene el coco..., el coco..., el comandante...

TRINIDAD.

¿Y era él?

LUIS.

No; era un coco..., un comandante de gua gua..., de guardia civil.

TRINIDAD.

Pues es preciso que no te acobardes. Para evitar sus sospechas tienes que demostrar mucha valentía.

LUIS.

No puedo..., no puedo... Delante de tu marido se me cae la va va..., la valentía a los pies. Porque ya ves tú que... que... que... que...

TRINIDAD.

Calla...

LUIS.

¿Qué, qué... sucede?

TRINIDAD.

¿No has oído llamar?

LUIS.

¿Llamar?

TRINIDAD.

Indudablemente. ¿Quién será a estas horas?

LUIS.

Aca... acaso él. (*Con miedo.*)

TRINIDAD.

Imposible... El tiene llavín. (*Llamando.*) ¡Pascua!
¡Pascua!

LUIS.

Nana... nada, que me echo a temblar más que un flan... flan... flan... flan...

PASCUALA.

(*Entrando por la derecha.*) Señorita...

TRINIDAD.

Que han llamado. Vaya a abrir; pero antes mire por el ventanillo y díganos quién es. (*Sale PASCUALA por la derecha.*) Será Cordero... No puede ser más que él.

LUIS.

¿Cordero? Ve... ve... ve... ve veremos.

PASCUALA.

(*Por el sitio indicado.*) Señorita, son dos señoras que quieren hablar con usted.

TRINIDAD.

¿Y no las conoces?

PASCUALA.

No las he visto nunca.

LUIS.

Pues vaya unas horas de vivi..., de visitas.

TRINIDAD.

Bueno. Páselas aquí. Y tú ven conmigo. (*Sale PASCUALA.*)

LUIS.

¿Dónde?

TRINIDAD.

A esta otra habitación.

LUIS.

Pero... despacha... pacha... pacha pronto. (*Salen por la izquierda. Pausa. Entran PASCUALA, RITA y ANGELES "la Gaditana", por la derecha.*)

ESCENA X

PASCUALA, ANGELES y RITA.

PASCUALA.

Tengan la bondad de pasar y esperar un momento. Voy a avisar a la señorita.

SEÑÁ RITA.

Gracias, doméstica. (*Mutis de PASCUALA por la izquierda.*) Bueno, la noticia que le vamos a dar a esta pobre señora es como pa que se la corte la digestión.

ANGELES.

Pero tía, fíjese usted que a estas horas...

SEÑÁ RITA.

Tú enmudeces y me dejas a mí que disponga y que hable. Las cosas no se hacen a medias. Y esto se arregla hoy mismo o esta casa se convierte en el parque de don Daoiz y Velarde, el de Monteleón.

ANGELES.

Por lo menos, sujete usted sus nervios hasta que veamos cómo se coloca la señora. ¿Y no le parece a usted que lo mejor sería esperar a mañana?

SEÑÁ RITA.

¿A mañana? Que te crees tú eso. ¿Cuándo nos hemos enterao de que este piso estaba habitao otra vez por sus amos? ¿Hoy mismo? Pues hoy mismo hay que dar el espectáculo.

ANGELES.

Pero tía...

SEÑÁ RITA.

Te he dicho que sonsi.

ANGELES.

Ahí la tiene usted. (*Señalando a la izquierda.*)

SEÑÁ RITA.

Pues observa que hoy vas a saber quién es tu tía. (*Entra TRINIDAD por la izquierda.*)

ESCENA XI

DICHAS y TRINIDAD.

TRINIDAD.

Señoras... (*Saludando.*)

SEÑÁ RITA.

Caballera... (*Idem.*)

TRINIDAD.

Ustedes dirán...

SEÑÁ RITA.

Tome usted asiento en esa chaise longue, porque la cosa es larga. (*Pronunciándolo como está escrito.*)

TRINIDAD.

(*Aparte.*) Pues me he divertido. (*Alto, a ANGELES.*) Usted, señorita, hágame el favor de sentarse... Bueno, pues ustedes dirán.

SEÑÁ RITA.

Preliminar. Su marido de usted, el dueño de esta casa, es un sinvergüenza.

TRINIDAD.

Señora.

SEÑÁ RITA.

Sujete el organismo nervioso, que ya le he dicho que la cosa es larga. Ante to, ¿cómo les ha ido a ustedes en el veraneo?

TRINIDAD.

¿En el veraneo? Nosotros no nos hemos movió de Madrí, señora.

ANGELES.

¿Que no han veraneao?

SEÑÁ RITA.

(A ANGELES.) ¿Lo ves? Lo que yo decía. Un sinvergüenza.

TRINIDAD.

Pero, ante todo, ¿quiénes son ustedes?

SEÑÁ RITA.

Esta, una víztima. Y yo, una tía...

TRINIDAD.

¿Cómo?

SEÑÁ RITA.

Una tía de la víztima, u séase la vengadora.

TRINIDAD.

Bien, pero...

SEÑÁ RITA.

Levántate, niña. (*Presentando.*) Angeles la Gaditana, primera estrella del Madrid Kursal.

TRINIDAD.

¿Cómo dise?

SEÑÁ RITA.

Kursal, diminutivo de sucursal.

ANGELES.

(*Aparte.*) Pero tía...

TRINIDAD.

Bueno, y usted ¿quién es?

SEÑÁ RITA.

Yo, Rita de Casia, tía de este pimpollo, casi viuda, cambianta en mis buenos tiempos y hoy, rentista...

TRINIDAD.

Pues explíquese...

SEÑÁ RITA.

A eso voy. Preliminar.

ANGELES.

(*Aparte.*) Dígaselo usted con cierto cuidado.

SEÑÁ RITA.

Ahora verás. Su marío de usté ha tenío un hijo con mi sobrina.

TRINIDAD.

¡Falso!

SEÑÁ RITA.

¿Falso? (*Sacando un retrato y mostrándoselo.*) ¿A quién se paece esta criatura?

TRINIDAD.

¿Criatura y tiene barba?

SEÑÁ RITA.

¡Ay, que le he dao el de mi casi difunto! (*Se lo guarda y saca otro.*) Aquí lo tiene usted. ¿A quién se parece?

TRINIDAD.

Señora..., yo no veo... (*Mirando el retrato.*)

SEÑÁ RITA.

Pues abra usted los ojos, porque es el vivo retrato de su cónyuge...

TRINIDAD.

Pero, la verdad..., yo no me explico... ¡Si no hay tiempo! ¿Dónde conocieron ustedes a mi marido?

ANGELES.

En Cascorro.

TRINIDAD.

¿Dónde?

SEÑÁ RITA.

En las Américas.

TRINIDAD.

¿Pero ustedes han vivido allí?

SEÑÁ RITA.

Desde niñas.

TRINIDAD.

Pues no se las conoce en el asiento.

SEÑÁ RITA.

Es que como ésta se hizo cupletista, hemos alternao con gente bien, y siempre se deslustra una.

TRINIDAD.

¿Pero en qué sitio de las Américas vivían ustedes?

SEÑÁ RITA.

Ya le hemos dicho que en Cascorro.

TRINIDAD.

°Pues no conosco esa república. ¿Pero ustedes están seguras de lo que disen, de su acusación? Necesito pruebas.

SEÑÁ RITA.

Registre usted la cartera de su marío y se encontrará con un retrato de ésta, vestía de odalisca y tumbada en un camafeo.

TRINIDAD.

¡Ah, malvado, canalla! Yo necesito confundirle...
¿Cuánto tiempo hace que le conocieron ustedes?

SEÑÁ RITA.

Siete meses antes de nacer el chico.

TRINIDAD.

¿Entonces es sietemesino?

SEÑÁ RITA.

¡Es narices! ¿También se va usted a meter con esa criaturita inocente?

TRINIDAD.

¿Inocente? ¿También es inocente?

SEÑÁ RITA.

Pues claro.

TRINIDAD.

¡Ah, canalla! Esto sí que no se lo perdono. ¿Y dice usted que se parece a él?

ANGELES.

Sí, señora; él mismo lo ha reconocido.

TRINIDAD.

¿Que lo ha reconocido?

ANGELES.

Al nacer dijo que era su misma cara.

TRINIDAD.

¡Ah! ¿Conque dijo eso? Pues bien. Yo necesito des-
enmascararle en presencia de ustedes. Que no pueda ne-
garlo. ¿Ustedes pueden traer el chico mañana mismo?

SEÑÁ RITA.

La diré a usted. Es el caso que el ama tiene al niño
en rehenes.

TRINIDAD.

¿En algún pueblo?

ANGELES.

No, señora; es que como antes nos mandaba su ma-
rido un diario, pues de eso pagábamos al ama.

SEÑÁ RITA.

Y como hace cuatro meses no nos da un céntimo,
pues el ama dice que no nos lo entrega y que va a ce-
rrarle los vasares de la despensa. ¿Usted me comprende?

TRINIDAD.

Bueno, señora. Pero mi marío no es el solo culpable.
¿Es que esta señorita ignoraba que se tratase de un
hombre casao?

SEÑÁ RITA.

¡Pues claro! ¡Pobretica mía! La engañó diciéndola
que era soltero y dándola palabra de casamiento. Pues
a no ser por eso, ¿usté se cree que hubiese pasao lo
que ha pasao? Señora, está usté tratando con mujeres
honrás. La madre de ésta, aparte de unos deslices que
tuvo de soltera, honrá.

TRINIDAD.

Pero luego se casó y...

SEÑÁ RITA.

No, señora. Soltera se murió a los sesenta y seis años. Yo no he conocido más que a los padres respectivos de cada uno de mis hijos.

TRINIDAD.

¿Tiene usted dos?

SEÑÁ RITA.

No, señora; ocho. Pero aparte de eso, honrá. Y ésta, si no se trompieza con el charrán de su marío de usted, la honradez metía a cupletera. ¿Comprende usted?

TRINIDAD.

Comprendo, mi vieja.

SEÑÁ RITA.

¿Cómo vieja? Señora, haga el favor de no faltar, que naide se ha metío con usted.

TRINIDAD.

Si no la he molestado: Lo dije en tono cariñoso. Pero, bueno; lo que hace falta es dar a mi marío una sorpresa. Mañana vengan ustedes aquí con el niño y el ama. Les parece.

SEÑÁ RITA.

¿Que si nos parece? ¡De perlas! ¿A qué hora hay que venir?

TRINIDAD.

Antes de que se levante. Lo más pronto que puedan. Yo le juro que me las paga. Ayúdenme ustedes.

ANGELES.

Sí, señora. A usted se las paga, y a mí también.

SEÑÁ RITA.

¿Y al ama? ¿Ustez cree que pagará al ama?

TRINIDAD.

Sin duda alguna.

SEÑÁ RITA.

Pues entonces hasta mañana, y usted perdone este mal rato, y disponga de unas servidoras.

ANGELES.

Honradísimas en conocerla. (*Saludando.*)

TRINIDAD.

La honrada he sido yo. (*Idem.*)

SEÑÁ RITA.

Toas honrás, señora; toas honrás. ¿A qué vámos a discutir por esas pequeñeces? Alivia, niña. (*Salen RITA y ANGELES, y TRINIDAD las despide desde la puerta de la derecha.*)

ESCENA XII

TRINIDAD; en seguida, LUIS; luego, PASCUALA.

TRINIDAD.

Creí que no se iban a marchar en toa la noche. (*Aparece LUIS en la izquierda.*) ¿Has oído, mi viejo?

LUIS.

De...de...detrás de esa puerta estaba es...cucu...cucu...cuchando.

TRINIDAD.

¿Y qué te parece?

LUIS.

Que tu espopo... espopo... esposo es un guagua..., un guagua... guaja.

TRINIDAD.

Yo le arreglaré. Pero ahora que caigo. Tú no habrás senao; ¿verdá, mi niño? (*Llama al timbre.*)

LUIS.

Como que desde... desde las siete estoy en el popo... portal de enfrente.

TRINIDAD.

Pues ven conmigo al comedor y tomarás cualquier cosa.

LUIS.

Con un bobo... bobo... bocadillo baba... bastará.

TRINIDAD.

Pues andando, mi viejo.

PASCUALA.

(*Entrando por el foro izquierda.*) ¿Qué quiere la señorita?

TRINIDAD.

Sierre las maderas del balcón y acuéstese. (*Sale con LUIS por el foro izquierda. PASCUALA hace lo que le han mandado, y después de unos momentos sale de escena. Entra PÉREZ, seguido de CRUZ y muy indignado, por la derecha.*)

ESCENA XIII

PÉREZ y CRUZ.

PÉREZ.

Nada, señora, no hay derecho. No hay derecho.

CRUZ.

Pero ¿quiere usted decirme a qué no hay derecho?

PÉREZ.

De modo que me la encuentro a usted en la calle desgañitándose a llamar al sereno porque habían cerrado el portal; le hago el favor de abrirle creyendo que es usted vecina de la casa, y cuando llegamos a esta puerta me dice usted que viene a este mismo piso.

CRUZ.

Y aquí vengo.

PÉREZ.

La objeto a usted, y me aménaza con armar un escándalo...

CRUZ.

No se ponga usted así y expliquémonos.

PÉREZ.

Veamos.

CRUZ.

Este es el piso tercero derecha de la casa número ciento veintiocho de esta calle.

PÉREZ.

Justo.

CRUZ.

Muy bien. El propietario de este piso es Olegario Gallina.

PÉREZ.

Sí... Digo, no.

CRUZ.

Sí. No me discuta usted. He conocido a Gallina en San Sebastián.

PÉREZ.

Pero ¿quién es usted?

CRUZ.

Yo soy la nueva amante de Olegario.

PÉREZ.

¡Atiza!

CRUZ.

He llegado a Madrid hace diez días, y esta tarde recibo el siguiente telegrama: "Llego solo esta noche. Espérame mi casa, paseo San Vicente, ciento veintiocho, tercero, derecha, donde presentarás telegrama amigo mío que cuida piso. Ole."

PÉREZ.

¡La *debâcle*!

CRUZ.

¿Está claro?

PÉREZ.

Clarísimo.

CRUZ.

Pues por esa razón no me muevo de aquí hasta que llegue Olegario.

PÉREZ.

Pero, señora...

CRUZ.

Ni una palabra más.

PÉREZ.

Es que Gallina no vive en esta casa, ¿sabe usted?

CRUZ.

¿No quedamos en que el telegrama está muy claro?

PÉREZ.

Claro; pero...

CRUZ.

Aquí pasa algo que yo no me explico y que no debe ser muy bueno para mi amante, y por eso mismo me quedo. Lo veo hasta en los menores detalles. ¿A quién le ha dejado usted la llave debajo del guardabarros?

PÉREZ.

¿A usted qué le importa? Lo que va usted a hacer es marcharse ahora mismo, o la pongo en la calle a la fuerza.

CRUZ.

Gritaré, y me oirán las paredes.

PÉREZ.

(*Aparte.*) Menudo conflicto. (*Alto.*) Señora, yo la ruego a usted que me escuche. (*Aparte.*) A grandes males, remedios heroicos. (*Alto.*) Efectivamente, este es el cuarto de Gallina.

CRUZ.

¿Lo ve usted?

PÉREZ.

Es decir, este es y no es el cuarto de Gallina. (*Aparte.*) Sálvese el que pueda. (*Alto.*) El amigo a quien Olegario dejó encargado de este piso es un fresco.

CRUZ.

¡Ya!...

PÉREZ.

Y mientras Olegario veraneaba ha alquilado la casa.

CRUZ.

Ya decía yo.

PÉREZ.

Como Olegario no ha avisado su llegada, los huéspedes duermen aquí en este momento.

CRUZ.

¡Monstruoso!

PÉREZ.

Todo lo monstruoso que usted quiera, pero es así. ¿Y usted sabe quién vive aquí en la actualidad?

CRUZ.

¿Quién?

PÉREZ.

Herodes...

CRUZ.

¿Qué?

PÉREZ.

Más todavía. Atila y sus huestes en una sola pieza.

CRUZ.

Me asusta usted.

PÉREZ.

Sí, señora, hay que asustarse. Se trata de un hombre terrible. Un hombre que ha cazado tigres y panteras y

leones y elefantes. Un hombre que lleva una pistola de este tamaño. Un hombre que de un puñetazo mata negros gigantes y que le mete a uno una balita entre ceja y ceja al menor descuido.

CRUZ.

Pero eso no es un hombre.

PÉREZ.

No, señora. Es un gorila vestido de chaquet.

CRUZ.

Sea lo que sea, a mí no se me va a comer cruda.

PÉREZ.

Es que no la he dicho a usted lo peor. (*Aparte.*) Que la musa de Cordero me ilumine. (*Alto.*) Señora... Yo soy un policía. (*Con acento melodramático.*)

CRUZ.

¿Y qué hace usted aquí?

PÉREZ.

Cumplo con los deberes de mi cargo. ¿Usted no ha leído que ha desaparecido una mujer?

CRUZ.

Sí, señor.

PÉREZ.

Pues esa mujer está en esta casa.

CRUZ.

¿Dónde?

PÉREZ.

En aquella pared. (*Con misterio.*)

CRUZ.

¿Qué quiere usted decir?

PÉREZ.

Que este hombre tiene la monomanía de emparedar mujeres.

CRUZ.

¡Qué bárbaro! (*Con miedo.*)

PÉREZ.

Sí, señora; ¡qué bárbaro!... (*Aparte.*) ¡Qué bárbaro soy! (*Alto.*) Yo no puedo garantizar su vida de usted en este sitio. Ese hombre vendrá, o estará ya dentro de la casa.

CRUZ.

¿Y cree usted que a mí...? (*Temblorosa.*)

PÉREZ.

En cuanto la vea. Tiene la monomanía de las mujeres rubias.

CRUZ.

¡Horror! ¡Horror! ¡Horror! (*Con espanto.*)

PÉREZ.

Horror, sí, señora; horror tres veces.

CRUZ.

Gracias, caballero, gracias por su aviso. Esperaré a Gallina en la calle; y que decida él.

PÉREZ.

Sí, señora. Es lo mejor que puede usted hacer.

CRUZ.

Adiós, caballero. (*Se dirige a la derecha.*)

PÉREZ.

Espere... (*Deteniéndola.*)

CRUZ.

¿Qué?

PÉREZ.

Que andan por el recibimiento.

CRUZ.

¡Escóndame usted en alguna habitación!

PÉREZ.

Imposible. Don Inocente las registra todas antes de acostarse; y si es él...

CRUZ.

¿Quién es don Inocente?

PÉREZ.

El ogro. Vienen hacia acá. (*Escuchando.*)

CRUZ.

¿Qué hacemos? (*Con temor creciente.*)

PÉREZ.

Señora. Sólo tiene usted un sitio donde ocultarse.

CRUZ.

¿Cuál?

PÉREZ.

En este armario. (*Por el del foro.*)

CRUZ.

Pero... (*Dudando.*)

PÉREZ.

No hay tiempo que perder. No se mueva hasta que yo abra.

CRUZ.

El Señor me acompañe. (*Se mete en el armario. PÉREZ cierra por fuera.*)

PÉREZ.

Me parece que soy un digno discípulo de Atanasio. En cuanto la casa se quede en silencio, la sacaré, y después... que Cordero decida. (*Sale por el foro derecha. Entran TRINIDAD y LUIS por el foro izquierda.*)

ESCENA XIV

TRINIDAD y LUIS.

LUIS.

(*Temblando.*) Te... te... te... te digo que sí que he sen... titi... titi... tido mumu... mucho ruido...

TRINIDAD.

Pero no puede ser, mi niño; te has equivocado.

LUIS.

No, no... He oído hablar, y así coco... coco... momo una llalla... llave.

TRINIDAD.

Pues ya lo ves. Sierto que es muy extraño. ¿Quién habrá podido llevarse los cuadros del comedor?

LUIS.

La... la... la...

TRINIDAD.

¿Quién?

LUIS.

¡Ladrones!

TRINIDAD.

Pero si no es posible...

LUIS.

Yo estoy titi... titi... tiritando...

TRINIDAD.

Lo mejor es que registremos la casa, ¿no te parece?

LUIS.

Sisi, sisi. Veve... veve... ve delante.

TRINIDAD.

No, mi niño; delante debes de ir tú...

LUIS.

Nono... de ninguna mama... maaaaanera, que pueden veve... venir por detrás y mama... matarte.

TRINIDAD.

Pues sígueme. (*Salen de escena por la derecha, y a poco vuelven corriendo.*) Sí, suben; suben las escaleras. Calla... Se han detenido en la puerta. ¡Ay Dios mío, ahora sí que es Inocente!

LUIS.

¿Que que... que que... qué hacemos?...

TRINIDAD.

Escóndete... Vete... Anda.

LUIS.

Espérate que meo... meo... me oriente, porque como para mí la caca..., para mí la caca... caaasa es nueva...

TRINIDAD.

¡Pero es inútil! ¡Si Inocente registra todas las habitaciones! ¡Ya han metido el llavín en la puerta!

LUIS.

¿Dónde me... me... me... me... meto?

TRINIDAD.

En el balcón. (*Abriéndolo.*)

LUIS.

Llueve a can... a cántaros...

TRINIDAD.

Pues aquí mismo, en el armario. Corre. (*LUIS se mete en el armario, y dice al entrar en él con sorpresa:*)

LUIS.

¡Arrea! (*Cierra el armario.*)

ESCENA XV

TRINIDAD y OLEGARIO.

TRINIDAD.

(*Apaga la luz y se echa en el diván.*) Ya entró. Dios nos coja confesados.

OLEGARIO.

(*Entrando con una maleta, que deja en sitio poco visible, y un gabán; que se quita y tira sobre una silla.*) Ya me estará esperando; suerte ha sido la mía pudiendo venir dos días antes que mi mujer. Quiero sorprenderla. Lo mejor es no encender la luz y hablar bajo.

TRINIDAD.

Parece que murmura. (*En voz baja.*)

OLEGARIO.

Por aquí. (*Avanza hasta el diván.*)

TRINIDAD.

No cabe duda. Es Inocente. Se habrá puesto malo.

OLEGARIO.

¿Quién hay aquí? ¿Una mujer? Ella... (*Bajando la cabeza y hablando bajo.*)

TRINIDAD.

¡Eh!

OLEGARIO.

¿Duermes, mi vida? (*Bajo y cariñoso.*)

TRINIDAD.

(*Bajo también.*) Soñaba pensando en ti, mi viejo.

OLEGARIO.

Qué monada, ¿eh? (*Aparte.*)

TRINIDAD.

Qué voz más ronca. ¿No lo dije? Se ha acatarrado. (*Aparte.*)

OLEGARIO.

¿De modo que soñabas conmigo?

TRINIDAD.

¿Eh? Si no parece él. (*Aparte.*)

OLEGARIO.

¿No me contestas?

TRINIDAD.

No..., no es él. ¡Dios mío! (*Levantándose.*)

OLEGARIO.

¿Por qué me huyes?

TRINIDAD.

Soso... soso... ¡Socorro! (*Corriendo.*)

OLEGARIO.

No te asustes, paloma, que soy yo.

TRINIDAD.

¿Usted? Pero, ¿quién es usted?

OLEGARIO.

Calla. Esa no es su voz. ¿A que me he equivocado de piso. (TRINIDAD *da luz.*) Señora...

TRINIDAD.

Caba... caballero...

OLEGARIO.

No se asuste, señora; no soy ningún ladrón.

TRINIDAD.

Pues entonces, ¿quién, quién es usted?

OLEGARIO.

Eso mismo la pregunto yo.

TRINIDAD.

¡Pues vaya una pregunta! ¡Yo soy el ama de esta casa!

OLEGARIO.

Nada, que me he equivocado de piso. Pero, no, estos son mis muebles, este armario es el mío. Esta es mi casa.

TRINIDAD.

¿Se tratará de algún borracho?

OLEGARIO.

De ninguna manera. Estoy más fresco que una lechuga. ¿Se entera usted? Este debe ser algún lío de Cordero.

TRINIDAD.

Aquí no hay líos, caballero. Yo soy una mujer decente; yo soy una mujer casada.

OLEGARIO.

Casada ¿eh? (*Dudoso.*)

TRINIDAD.

Casada, sí, señor. Y le aconsejo que se vaya antes de que pueda venir mi marido. Mi marido, que es un Oteló, y que de un puñetazo derriba ese tabique...

OLEGARIO.

(*Temeroso.*) ¡Caray... caray!... ¿Me habré yo vuelto loco? Señora, es necesario que aclaremos esto.

TRINIDAD.

Estas no son horas de aclaraciones. Si necesita usted aclarar algo, venga de día y aclárelo con mi marido. ¿Qué diría él si llegase ahora?

OLEGARIO.

¿Es usted, acaso, la mujer de Cordero?

TRINIDAD.

No, señor; mi marido se llama don Inocente de las Gómeras.

OLEGARIO.

Nada, que no lo entiendo, porque esta es mi casa indudablemente. Esperaré a su marido, y nos explicaremos.

TRINIDAD.

¡Como que él le va a dar tiempo a usted a explicarse!
No creerá nada. ¿Es usted casado?

OLEGARIO.

Sí, señora.

TRINIDAD.

¿Y qué pensaría usted de su mujer si la encontrase
en mi situación? ¿Creería usted nada de lo que le di-
jeran?

OLEGARIO.

Es verdad.

TRINIDAD.

Pues si es verdad, lárguese ahora mismo, caballero;
se lo pido por su honor.

OLEGARIO.

Bien, señora, mañana volveré.

TRINIDAD.

Beso a usted la mano.

OLEGARIO.

¿Pero qué lío es este?

TRINIDAD.

Por aquí. (*La puerta de la derecha. Al ir a salir, se
detiene.*) ¡Ay, caballero! ¡Ahora sí que es imposible!
¡Viene! (*Con terror.*)

OLEGARIO.

¿Quién?

TRINIDAD.

¡Mi marido!

OLEGARIO.

Le esperaré y hablaremos.

TRINIDAD.

¡Le matará, me matará! ¡Escóndase un momento! En cuanto él entre, se va usted.

OLEGARIO.

Accedo por tratarse de una dama. Pero, ¿dónde me meto?

TRINIDAD.

En el balcón.

OLEGARIO.

¡Mire usted que diluvia!

TRINIDAD.

Pronto, es sólo un momento. Ya abren. No hay tiempo que perder. (OLEGARIO se mete en el balcón. TRINIDAD se va por la izquierda. Pausa, y entra ATANASIO, con los mismos cuadros que se llevó, por la puerta de la derecha. Viene chorreando, con el pañuelo sobre el sombrero.)

ESCENA XVI

ATANASIO.

Vengo hecho una sopa y sin conseguir vender ni un cuadro. Llego, y creyendo epatar al anticuario, le digo: Abra usted los ojos y pásmese. “¿Qué es eso?”, me interroga. Yo, por toda contestación le enseño estos pasteles y me pregunta que a cómo le pongo la docena. (Fijándose en el gabán de OLEGARIO.) ¡Caramba, qué gabán más estupendo!... (Registrándole.) Y con una

cartera. ¿Si lo habrá puesto aquí la Providencia? En mi cuarto veré lo que contiene, porque abren la puerta en este crítico momento, y debe ser don Inocente. (*Coge los cuadros y el gabán y se va por el foro derecha.*)

ESCENA XVII

OLEGARIO; luego INOCENTE, CRUZ y LUIS.

OLEGARIO.

(*Empujando las vidrieras del balcón y asomando la cabeza.*) Caray qué chaparrón. Menuda ducha. Este es el momento. No. Aun, no. Vienen. Esperemos. (*Se oculta de nuevo en el balcón.*)

DON INOCENTE.

(*Entrando por la derecha.*) ¡Qué dolor de cabeza me ha dado el remojón! Ea, a la cama y a sudar. Pero antes es preciso registrar las habitaciones. Veamos. (*Sale por el foro izquierda.*)

OLEGARIO.

(*Asomando la cabeza.*) Ya se fueron. Este es el momento. (*Sale y se dirige a la derecha.*) ¿Y mi gabán? ¿Quién se lo habrá llevado? Parece que vuelven. No, pues lo que es yo no me vuelvo al balcón. ¿Dónde me meteré? ¡Ah! En este armario. (*Abre y LUIS saca la cabeza.*)

LUIS.

¿Eh? ¿Quién va? (*Asustado.*)

OLEGARIO.

¿Un hombre? (*Sorprendido.*)

LUIS.

¡¡Cielos! ¡Mi papa... mi papa... mi padre!

OLEGARIO.

¡Santo Dios, mi hijo! ¿Pero no estabas en América?

CRUZ.

¡Olegario! (*Asomándose.*)

OLEGARIO.

¡Tú! ¡Y en un armario con mi hijo!

LUIS.

¡Que... que... que... que... vienen!

OLEGARIO.

¡Hacedme sitio en el armario!

CRUZ.

Imposible, apenas si cabemos los dos. (*Cierran.*)

OLEGARIO.

No hay otro remedio. ¡La pulmonía o el tiro! (*Se mete en el balcón.*)

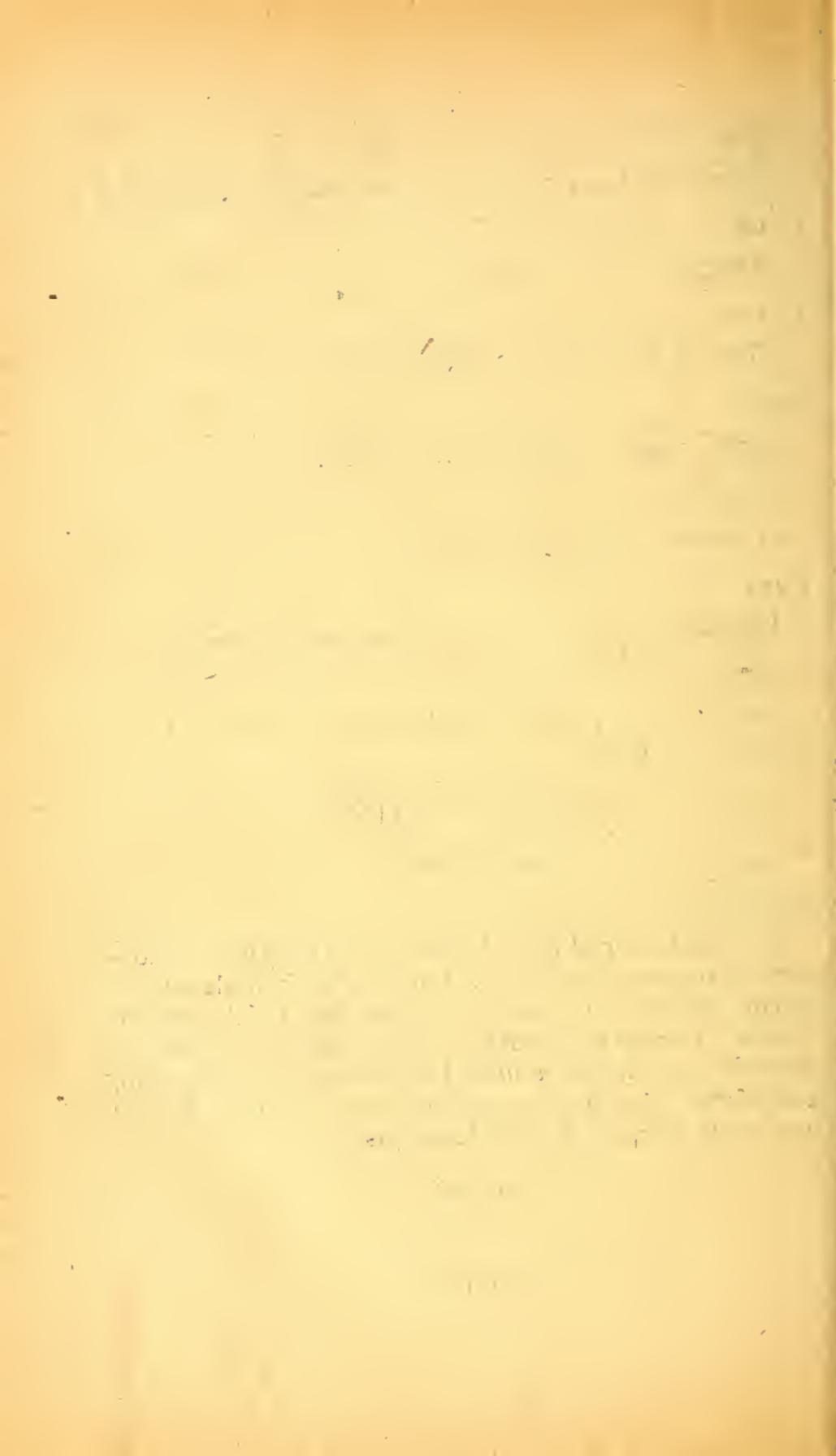
ESCENA ULTIMA

DON INOCENTE.

INOCENTE.

(*Entrando por el foro derecha.*) Ajajá. Ahora a dormir. Pero estas mujeres... Pues no se han dejado el balcón abierto. (*Lo cierra.*) Y las llaves del armario puestas. Luego se aprovechan los criados. (*Cierra el armario y se guarda la llave.*) Una vez registrado todo, a la cama. ¡Qué a gusto duerme uno, sabiendo que no hay nadie extraño dentro de su casa!

TELÓN





ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior.

Al levantarse el telón está la escena sola. Hay una pausa. En el reloj suenan lentas y monótonas, las siete de la mañana. Se oyen en el balcón otros siete estornudos, como si fuera el eco del reloj. De pronto, y como por arte de encantamiento, el cajón de arriba, del armario resbala hasta el suelo poco a poco, pendiente de un cordón, dejando el hueco libre, por donde Luis asoma la cabeza, con la cara de espanto que es de suponer.

ESCENA PRIMERA

LUIS; a poco, CRUZ.

LUIS.

(*Asomando la cabeza.*) ¡Nadie!... Señorita, puede usted sacar la caca... la cacabeza. La habita... la habitación es el desierto de doña Sahara.

CRUZ.

(*Asomando la cabeza.*) ¡Ay!... ¡Gracias a Dios! Creí que no podría respirar nunca el aire libre.

LUIS.

La... la... la verdad... es que... he... he... hemos
papa... pasado una nohecita... como para volver a re-
petir.

CRUZ.

Y menos mal que se le ocurrió a usted lo del cajón.

LUIS.

No... no titi...ene importancia... ¡Gra... gra... gra-
cias a usted, que se desprendió ge...ge...ge...ge...

CRUZ.

¡No se ría usted..., que no estamos para bromas!

LUIS.

Ge... generosamente del cordón del corsé... y hemos
lo... logrado quitar el... cajón sin ruido...; que si no,
a estas horas estata... tamos en el depopo... en el de-
popo...

CRUZ.

¿Dónde?

LUIS.

En el depósito de cacadáveres.

CRUZ.

Pero ¿tan bruto es el dueño de esta casa?

LUIS.

Un titi... un titi...

CRUZ.

¡Qué mono!

LUIS.

Un titi...gre... De un pupu...ñetazo duer... duerme

a un hombre... Allá en su tierra lo utilizaban pa... para anestesiar en las operaciones.

CRUZ.

¡Qué bruto!... ¡Por lo visto, hemos estado expuestos a una serie de peligros...!

LUIS.

¡Ho... horribles!...

CRUZ.

¡A morir a manos de un hombre!

LUIS.

O a morir de un hambre...

CRUZ.

Es verdad, de un hambre horrible.

LUIS.

Y gra... gracias a que a usted... se la... se la ocurrió... ¡Je... je... je...!

CRUZ.

Sí..., generosamente.

LUIS.

No, si ahora es que me río... ¡Je... je... je!... Se la ocurrió re... registrar el armario y encon... contramos aquel pollo asado, que fué nuestra pro...videncia.

CRUZ.

Y a todo esto, ¿qué hora será?

LUIS.

Hace un ra... rato que dieron las siete.

CRUZ.

¿Las siete? Pero ¿cuántas horas llevamos en esta prisión?

LUIS.

Pues... pues... (*De pronto y como electrizado.*) ¡Señorita!... ¡Señorita!... ¡Que se la está a usted ca... cayendo el cor... cor... el cor... corsé! ¿No... nota cómo resbala?

CRUZ.

(*Avergonzada.*) ¡Ay, es verdad, caballero! ¡Usted perdone!...

LUIS.

De nana... de na... nada... El que... tiene que per... perdonar es el corsé.

CRUZ.

¿Ve usted? Si es imposible... Voy a tener que ponerme nuevamente el cordón.

LUIS.

Eso sí que... no..., ca... caramba. Usted se puede quedar sin corsé; pero quedarnos sin... sin aire, de... ninguna mama... ma... manera.

CRUZ.

Pero comprenderá usted... que... ¡Por lo menos, guardará usted las formas debidas!

LUIS.

¡Guar... guarde usted las suyas... primero..., señorita!

CRUZ.

Con su permiso voy a ver si me lo puedo sujetar... Usted no mire, ¿eh?... (*Se agacha.*)

LUIS.

No... no mi... miro... (*Mirando disimuladamente.*)

CRUZ.

(*Desde dentro.*) Tantas gracias, caballero.

LUIS.

De nana... de nada. ¿Está ya?

CRUZ.

(*Dentro.*) ¡No! Aún no. (*Entra ATANASIO sigilosamente por el foro derecha.*)

ESCENA II

Dichos y ATANASIO.

ATANASIO.

¡Nadie!... Esta es la ocasión. Pascua y el negro aun no se habrán levantado. Inocente y su noble esposa deben roncar a pierna suelta. Y Pérez, que cuando llegué anoche dormía en mi cama como un tronco y a quien todavía no he podido despertar... En fin, ahora me apodero del simpático y substancial pollo que tuve a bien arrebatarse anoche del aparador... ¡Diablo! ¿Qué hace aquí este cajón caído? ¿Y la llave? (*Llegando al armario.*)

LUIS.

¡Chist!... ¡Chist!... ¡Caballero!

ATANASIO.

¿Eh?... ¡Panorámico! ¿Qué hace usted ahí, pollo? (*Sorprendido.*)

LUIS.

Me han meme... metido anoche a la fuerza.

ATANASIO.

Pero ¿usted es el pollo de anoche?

LUIS.

Sí, se..., sí, señor.

ATANASIO.

¡Bueno, porque me lo dice usted lo creo!

LUIS.

Créalo, caba... caballero.

ATANASIO.

Pero ¿usted no estaba anoche asado?

LUIS.

Sí, señor... Y hoy... hoy estoy frito.

ATANASIO.

¡Nada, que se me hacen nudos en el cerebro!... ¡Hay para creer en la transmigración de las almas!

LUIS.

Caba... caballero... Si usted fuese tan amable que diese una vuelta...

ATANASIO.

¿Tan temprano y con el frío que hace?... ¡De ninguna manera!

LUIS.

No..., si digo a la lla... lla... llave.

ATANASIO.

¿A la llave? ¡Como no la pinte a la acuarela, va a ser un poco difícil!...

LUIS.

¿Qué... qué... qué dice usted?

ATANASIO.

¡Que no hay llave!

LUIS.

¡Mama... María Santísima! Entonces, ¿cómo salgo yo? ¿Y cómo sale la se... señorita que hay aquí?

ATANASIO.

¡Ah! Pero ¿tiene usted ahí una señorita?

LUIS.

Sí, señor...

ATANASIO.

¡A ver! ¡Que se asome pronto esa desvergonzada!

LUIS.

Poco a poco, caballero; esta sese... señorita es de... de... es de... de...

ATANASIO.

(*Furioso.*) ¿De quién?

LUIS.

Es... decente...

ATANASIO.

¿Decente?... ¿A las siete de la mañana y encerrada con un pollo en un armario? ¡Habría que verlo!

LUIS.

Caballero...

ATANASIO.

Y si lo es, ¿por qué no asoma la cara? ¡A ver, que asome la cara! ¡Que asome la cara! (*Ella se asoma.*)
¡¡Cruz!!

CRUZ.

¡¡Atanasio!!

LUIS.

¡Arre... arre... arrea! ¡Se conocen!

ATANASIO.

¡Tú! ¿Tú con un hombre? ¡Y encajonada!

CRUZ.

¡Atanasio, perdóname; no he sido yo; ha sido la fatalidad, mi destino!

ATANASIO.

Tu destino, ¿eh?... ¡Pues has ascendido! Pero ¿quieren ustedes explicarme cómo están ahí?

LUIS.

Muy incoco... incómodos.

CRUZ.

Verás...:

ATANASIO.

¡Calla tú, perjura! ¡Que hable el señor!

LUIS.

Yo... yo hablaré.

ATANASIO.

Por más que éste va a tardar un siglo.

LUIS.

¿Usted es un... un caba... caballero?

ATANASIO.

Creo que sí.

LUIS.

Pues baste... bástele saber que si el dueño de esta casa me... me encuentra aquí, peli... peligra la honra de una dada... dama.

ATANASIO.

¿De qué dama?

LUIS.

De Tri... Tri... Trini.

ATANASIO.

Comprendido. Pero ¿y tú? (A CRUZ.) ¿Cómo te encuentras tú ahí? ¡Tú, mi Cruz, la única mujer que yo quise, la que me abandonó, la que...!

CRUZ.

Te lo explicaré cuando me encuentre fuera de este armario.

LUIS.

Eso es. Ahora, ante toto... ante todo, hágame usted el fafa... el favor de abrir a mi papa... a mi padre, que está en ese balcón desde anoche.

ATANASIO.

Pues le acompaño en el sentimiento, pollo, porque de su amantísimo padre no debe quedar más que la envoltura.

LUIS.

¿Qué dice usted?

ATANASIO.

Que no ha dejado de llover en toda la noche.

LUIS.

¡Abra... abra, por fafa... por favor, a mi... a mi padre!

ATANASIO.

Pero ¿quién es su padre de usted y por qué está encerrado en el balcón?

LUIS.

Mi padre es Ole... Ole... Olegario... Gallina.

ATANASIO.

¿Gallina? ¿Ha dicho usted Gallina? ¿Olegario en Madrid? ¿Olegario en esta casa? ¡Pies para qué os quiero! (*Inicia el mutis.*)

LUIS.

¿Pepe... pero se va sin salvarnos?

CRUZ.

¡Atanasio, por Dios, espera! ¡Sálvame! ¡Mira que si me encuentra el amo de esta casa voy a morir emparedada!

ATANASIO.

¿Emparedada? (*Sorprendido.*)

CRUZ.

¡Sí! ¡Lo mismo que esa pobre mujer! (*Señala a la pared.*)

ATANASIO.

¿Qué mujer? (*Volviéndose.*)

CRUZ.

¡Esa!

ATANASIO.

Pero ¿hay otra mujer escondida?

CRUZ.

¡Sí!

ATANASIO.

¿Dónde?

CRUZ.

¡En esa pared!

ATANASIO.

Bueno. ¡Esto es de las mil y una noches! Yo me largo. (*Inicia el mutis.*)

LUIS.

¡Oiga! ¡Oiga!

CRUZ.

¿Y te vas sin salvarme? ¡Ay, qué desgracia, qué desgracia la mía!

LUIS.

(*Sosteniéndola.*) ¡Se... se... se... señorita!

CRUZ.

¡Yo me pongo muy mala! ¡Ay! (*Se desmaya y se queda con los brazos y la cabeza colgando.*)

LUIS.

¡Se... señorita, vuelva! ¡Caba... caballero, vuelva usted también!

ATANASIO.

¡Pasado mañana!

LUIS.

¡Abra usted a mi papa... padre!

ATANASIO.

¡En canal!

LUIS.

Pa... pa... pa...

ATANASIO.

¡Chist!... *(Como si sintiese que alguien llega.)*

LUIS.

Sal... sal... sal...

ATANASIO.

¡Calle usted, hombre!

LUIS.

Sal... ¡Vinagre..., que ésta no vuelve!

ATANASIO.

¡Ni falta que hace!

LUIS.

¡La aflojaré la cintura!

ATANASIO.

Poco a poco... ¡Si la toca usted le doy un tiro!

LUIS.

¡Ca... caballero!... ¡Abra usted, por Dios! *(Entra TRINIDAD por la izquierda.)*

ESCENA III

Dichos y TRINIDAD.

TRINIDAD.

(*Sin ver a CORDERO.*) Voy a ver si... ¡¡ Luis!! (*Viéndole.*)

LUIS.

¡¡ Trini!!...

TRINIDAD.

¡ Infame! ¡ Y con una mujer! ¡ Tú, que decías que lo eras todo para mí, que eras mi vida, mi alma, mi todo!

LUIS.

¡ Trini, que yo no tengo la culpa!

ATANASIO.

(*Avanzando.*) Señora...

TRINIDAD.

(*Confusá.*) ¡ Cordero!... ¿ Ha oído usted?

ATANASIO.

Todo, señora; pero no se apure. ¡ Cada cual tiene su alma en su armario!

LUIS.

¡ Bueno, pepe... pero abren ustedes o no, porque esta mujer sigue pripi... privada!

ATANASIO.

¡ El que no se priva es usted, amigo!

TRINIDAD.

(*A CORDERO.*) Yo le explicaré a usted.

ATANASIO.

Nada... No me tiene usted que explicar nada... Todo lo adivino; el marido que entra, la costumbre del registro, la balita entre ceja y ceja, las agonías de un naufrago, la tabla de salvación en forma de armario ropero... ¡Todo lo adivino y soy un panteón escorialesco, señora!

TRINIDAD.

¡Si se entera mi marido!...

ATANASIO.

No se acongoje y proceda con sangre fría... ¿La llave del armario?

LUIS.

Eso... eso... ¡La llave... la llave!

TRINIDAD.

No sé... ¡Yo la dejé puesta anoche!

ATANASIO.

¡El conflicto se agrava! No queda más recurso que el hábil y útil cerrajero.

TRINIDAD.

¿Usted cree?... Pero ¿y si él sospecha?

ATANASIO.

Nada de amilanamientos; o el cerrajero o el flagrante delito.

TRINIDAD.

No..., no. Tiene usted razón; todo antes que el escándalo. (*Entra PASCUALA por la derecha.*)

ESCENA IV

Dichos y PASCUALA.

PASCUALA.

(*Entrando.*) ¡Señorita! (*Mirando sorprendida al armario.*) ¿Qué?

TRINIDAD.

¿Qué ocurre?

PASCUALA.

Ahí están las dos señoras de antes.

TRINIDAD.

¡Esta es otra!...

ATANASIO.

¿Qué ocurre?

TRINIDAD.

Dos mujeres que vinieron anoche diciéndome que mi marido tenía un hijo con una de ellas.

ATANASIO.

¿¡Qué dice usted!?! (*Con terror cómico.*)

TRINIDAD.

Lo que oye. La madre de la criatura es una bailarina...

ATANASIO.

(*Aparte.*) ¡La hecatombe!... ¡Y Gallina encerrado en el balcón!... (*Aterrado.*)

TRINIDAD.

Hágalas pasar, y usted, señor Cordero...

ATANASIO.

Ni media palabra, señora. En estas situaciones se impone la eliminación. (*Haciendo mutis.*) ¡Cordero..., Cordero..., despierta tu imaginación, porque de esta he-cha te dejan para el escaparate de un ortopédico...! (*Sale por el foro derecha.*)

TRINIDAD.

(*A LUIS.*) Y tú, por favor, escóndete y contén la res-piración. En seguida te abro...

LUIS.

Bu... bueno; pepe... pero que sea pronto..., porque esta mujer se muere. (*Se esconde, arrastrando a CRUZ en pos de él.*)

TRINIDAD.

¡La Virgen de Guadalupe me saque con bien!

ESCENA V

TRINIDAD, SEÑÁ RITA y ANGELES, por la derecha, se-guidas de una NIÑERA, que trae un niño en brazos.

SEÑÁ RITA.

(*En la puerta.*) ¿Hay permiso?

TRINIDAD.

Adelante, adelante, señoras.

SEÑÁ RITA.

(*Volviéndose.*) Penetra. Usté nos perdonará que ven-gamos tan temprano, pero es que ésta ha pasao una no-che que si hubiese cenao gelatina no da más saltos en la cama. Así es que en cuanto dieron las siete nos eche-mos a la calle y...

TRINIDAD.

Echamos.

SEÑÁ RITA.

¿Usté también ha salido?

TRINIDAD.

No..., no, señora.

SEÑÁ RITA.

Pues, como la decía, nos echemos a la calle, diciendo: Así le pescamos en la cama y le cogemos de sorpresa.

TRINIDAD.

Muy bien... ¿De modo que éste es el niño?

ANGELES.

Este, sí, señora.

TRINIDAD.

¡Angelito! ¿Y dice usted que se parece a él?

SEÑÁ RITA.

¡Su vivo retrato!

TRINIDAD.

Pues, la verdad, yo no le encuentro parecido ninguno.

SEÑÁ RITA.

¿Cómo que no? Fíjese usté en los ojos, a ver si no tienen el parpadeo de los de su padre...

ANGELES.

¡Y el hoyo de la barbilla!

SEÑÁ RITA.

¡Y el lunar del hombro izquierdo!

TRINIDAD.

Pero ¿qué está usted diciendo?

SEÑÁ RITA.

Na, señora; que el chico ha sacao toas las cosas de su padre.

TRINIDAD.

Pues yo repito que no le encuentro parecido. Mi marido tiene la nariz afilada y este niño la tiene respingona.

SEÑÁ RITA.

¡ Señor! Porque a esa edad la tienen respingona toas las criaturas.

ANGELES.

Y se ríe como su padre.

TRINIDAD.

Pero si mi esposo no se ríe nunca...

SEÑÁ RITA.

Pues por eso se ríe como su padre; muy pocas veces.

TRINIDAD.

En fin, no hay tiempo que perder. Ahora mismo vamos a entrar a la alcoba, y allí le desenmascaremos.

ANGELES.

Tiene usted razón. (*A la NIÑERA.*) Trae el chico.

TRINIDAD.

No, el chico, no, que en el primer arrebato de cólera es capaz de tirarlo al patio. Es preferible que entremos solas. La niñera nos aguardará aquí.

ANGELES.

Como usted quiera.

TRINIDAD.

(*Dirigiéndose a la izquierda.*) Por aquí. Vengan ustedes por aquí.

SEÑÁ RITA.

(*A la NIÑERA.*) Tú espéranos, y sonsi. (*Salen por la izquierda TRINIDAD, ANGELES y RITA.*)

ESCENA VI

La NIÑERA; luego OLEGARIO.

NIÑERA.

(*Después de convencerse de que se han alejado las otras.*) ¡Gracias a Dios! ¡Mi Nemesio debe estar frito!... ¡Hay que ver! Esto de no dejarme tener novio es una crueldad. Me ha seguido desde que salimos de casa. ¡Y cuidao que le sienta bien el uniforme de Caballería! Los días que se pone el casco está para bebérselo. ¡Si yo pudiese verle desde el balcón!... Pero ¿y si el chico se acatarra? ¡Bah! Lo dejaré en este sofá. Lo malo es si empieza a llorar y alborota la casa. (*Dejando al niño en el diván.*) ¡Ajajá! Quietecito, ¿eh? No llores, que en seguida vuelvo. (*Abre el balcón, y al querer salir aparece OLEGARIO hecho una lástima, chorreando agua por todas partes. Asombrada.*) ¿Eh? ¿Cómo? ¿Usted, señorito?

OLEGARIO.

¡Arrea, la niñera de Angeles!

NIÑERA.

Pero ¿qué hacía usted en el balcón tan de mañana?

OLEGARIO.

Verás, es que... Es que he salido a regar los tiestos.

NIÑERA.

Pues la señorita Angeles está aquí.

OLEGARIO.

¿Qué dices?... ¿Que está aquí?

NIÑERA.

Sí, señor, con su tía.

OLEGARIO.

¡Y con su tía!

NIÑERA.

Han estado hablando con su esposa de usted.

OLEGARIO.

¡Con mi esposa! Pero ¿está aquí mi esposa?

NIÑERA.

Con ella fueron a la alcoba, creyendo, sin duda, que estaba usted allí.

OLEGARIO.

¡Esto sólo me faltaba!

NIÑERA.

(*Alzando la voz.*) Yo salí a ver...

OLEGARIO.

¡Chist!... Baja la voz y no te preocupes. ¡Está ese pobre recluta deseando decirte algo!

NIÑERA.

Es mi novio, ¿sabe usted? (*Avergonzada.*)

OLEGARIO.

Pues nada, nada, sal y pela la pava. Yo te autorizo.

NIÑERA.

Muchas gracias, señorito, y usted disimule...

OLEGARIO.

Estoy acostumbrado. (*La NIÑERA sale al balcón y OLEGARIO la encierra.*) ¡Ajajá! Y ahora la huída, antes de que sobrevenga otro contratiempo... ¡Y en cuanto eche a Cordero la vista encima!... ¡Y mi gabán sin parecer! Lo malo es que tenía un dinero en la cartera. ¿Y quién se detiene a pedirlo? (*Pensativo.*) Un marido celoso, Cruz, mi mujer, Angeles, Rita... ¡El delirio! (*Hace mutis por la derecha apresuradamente.*)

ESCENA VII

ATANASIO, solo.

ATANASIO.

(*Asomando la cabeza por el foro derecha.*) Nadie. Esta es la ocasión. Las seis mil pesetas que he encontrado en el bolsillo de este gabán (*El de OLEGARIO, que lo saca en la mano.*) serán mi salvación. El gabán lo dejaré aquí para que su amo lo recoja; yo no quiero nada que no sea mío. (*Deja el gabán sobre una silla. La NIÑERA golpea los cristales.*) ¡Demonio, Gallina! ¡Pues lo que es como no te abra otro! Aquí se impone la huída antes de que se deshaga el lío, porque si no, mal me voy a ver. Y el sinvergüenza de Pérez sigue dormido como un tronco; pues ahí se queda y que él cargue con toda la responsabilidad. ¡Y que va a ser chica!... (*El niño llora.*) ¡No, que es chico!... ¡Y cómo grita el condenado! Nada, que está dando la voz de alarma y no va a haber medio de escapar... (*Cogiendo al niño y acu-*

nándole.) ¡Calla, rico, calla! ¡Ea, ea! ¡Bueno, este niño es Titta Rufo! ¿Y qué le hago yo? ¿Dónde le meto?... (Viendo la maleta.) ¡Ah, qué idea! En esta maleta. ¡Ajajá!... Y salga el sol por donde quiera... (Va a marcharse por la derecha y retrocede.) ¡Diablo, alguien viene! ¡Atanasio, a retirarte a tus posiciones. (Mutis por donde salió.)

ESCENA VIII

OLEGARIO; a poco LUIS.

OLEGARIO.

(Entrando por la derecha con el mismo sigilo que se fué.) Me he olvidado de la maleta, y esto podría delatarme. ¡Aquí está! Y mi gabán, que ha aparecido. Ahora, a volar; las piernas me van a parecer dos cucharas de aluminio.

LUIS.

¡Chist!... ¡Papá!... ¡Papá!... (Asonándose en el armario.)

OLEGARIO.

¿Eh?... ¡Ah!... ¿Eres tú?...

LUIS.

Haz el favor de abrir el armario.

OLEGARIO.

Hijo mío, los momentos son críticos y ahora no tengo tiempo.

LUIS.

¡Pero, papá, por Dios!... (CRUZ se asoma.)

OLEGARIO.

Perdona... Volveré.

LUIS.

Papá... ¡Que soy tu hijito!...

OLEGARIO.

¡Hijo mío, sálvese el que pueda! (*Mutis por la derecha.*)

LUIS.

(*A CRUZ.*) Pero ¿ha visto usted qué padre tengo?

CRUZ.

¿De modo que ése es su padre?

LUIS.

Más bien parece el exprés, ¿verdad?

CRUZ.

¡Ay, joven! ¡Es usted muy simpático! Su amable compañía de esta noche me ha inspirado no sé qué cosa...

LUIS.

Una película, seguramente; porque esto lo... impresiona usted por series y se llena el... Real Cinema...

CRUZ.

¡Tiene usted unas caídas!

LUIS.

Como la del corsé, ¿no?...

CRUZ.

Y luego una gracia hablando.

LUIS.

Nada, está visto... que las conquisto por el pipi... por el pico.

CRUZ.

Si salimos con bien de aquí, le espero a usted pasado mañana en Atocha...

LUIS.

¿Dónde?

CRUZ.

En Atocha..., frente al Hotel de Ventas.

LUIS.

Para ir ahí... mejor iríamos con armario y todo...

CRUZ.

¡Ay, qué graciosísimo!... (*Riendo.*)

LUIS.

¡Nada, que la he hecho gracia! (*Pausa.*) ¡Parece que no se oye a nadie! Si pudiéramos salir ahora.

CRUZ.

Pero ¿cómo?

LUIS.

Aunque fuera dando una papa... patada al armario...

CRUZ.

Pruebe usted...

LUIS.

(*Da una patada.*) ¡Ay! ¡Ay!...

CRUZ.

¿Qué le ha pasado?

LUIS.

Que me he dao... con la cerradura en la espipi... pini-
nilla. (*Se oyen voces dentro.*)

CRUZ.

¡Silencio, que se acercan!

LUIS.

Meta usted la cabeza y no se la ocurra estornudar...
porque nos jugamos... la piel... (*Se ocultan.*)

ESCENA IX

TRINIDAD, ANGELES, SEÑÁ RITA y DON INOCENTE, dis-
cutiendo acaloradamente. Salen por la izquierda.

TRINIDAD.

Esto no puede ser..., no puede ser... y no puede ser...
¡Engañarme de esta manera!

SEÑÁ RITA.

Señora, la que nos está engañando es usted a nosotras.

TRINIDAD.

¿Yo?

LAS DOS.

¡Sí, señora, usted..., usted...!

INOCENTE.

¡Ea, basta! Vuelvo a repetirlas que están ustedes
equivocadas.

SEÑÁ RITA.

¿Equivocadas? ¡El equivocao es usted!... ¡Pero, hombre, parece mentira que haya cierta gente que se preste a hacer estos papeles!...

TRINIDAD.

¿Cómo papeles, señora? ¡Le repito que éste es mi marido!

SEÑÁ RITA.

¿Este? Pero si este señor es el anuncio del Cafeto. (*Téngase cuidado con la caracterización de DON INOCENTE.*)

ANGELES.

¡Esto es una infamia, tía!

SEÑÁ RITA.

¡Y nosotras que habíamos creído que usted era una señora decente...!

TRINIDAD.

¿Eh?

SEÑÁ RITA.

... Y que no trataba de engañarnos.

INOCENTE.

Y vuelvo a decir que aquí no hay engaño. Yo soy don Inocente de las Gómeras, comandante retirado y esposo de esta señora.

SEÑÁ RITA.

¡Que se cree usted eso!

TRINIDAD.

¿Eh?

INOCENTE.

¿Cómo?

SEÑÁ RITA.

¿Usté no dice que es el dueño de esta casa?

INOCENTE.

¡Claro!

SEÑÁ RITA.

Pues no hay claro que valga, porque el dueño de esta casa es don Olegario Gallina, esposo de la señora y padre del vástago.

INOCENTE.

Pero, entonces, ¿usted quién se cree que soy yo?

SEÑÁ RITA.

¿Usté? Pué que sea el ayuda de cámara, que se ha prestao a esta comedia por catorce u quince reales.

INOCENTE.

¡Ea! ¡Ya no aguanto más y van a salir ustedes por el balcón!

SEÑÁ RITA.

¿Por el balcón? (*Con sorna.*) Oye, tú, Angeles, por el balcón. ¿Dónde entierra usté, amigo?

INOCENTE.

¿Cómo que dónde entierro?

SEÑÁ RITA.

¡Nos ha manoseao el mestizo este!

INOCENTE.

¿Yo mestizo? ¡Señora, que a mí nunca me ha hecho cara una fiera, y...!

SEÑÁ RITA.

¿Fiera? ¿Que yo soy una fiera? ; Tome usted! (*Le da una bofetada.*)

LUIS.

(*Asomando la cabeza.*) ; Mi madre, qué chu... chu... chuleta!

INOCENTE.

(*Fuera de sí.*) ; Me ha puesto usted la mano en la cara y va usted a pagármelo, señora! (*Se dirige hacia ella amenazador. En este momento se oye discutir dentro a voces.*)

TRINIDAD.

Pero ¿qué pasa ahí fuera? (*Entra PANCHO por la derecha.*)

ESCENA X

Dichos y PANCHO; a poco PEPITA y ANTONIA. Luego la NIÑERA, LUIS y CRUZ.

INOCENTE.

(*A PANCHO.*) ¿Qué sucede?

PANCHO.

Una señora que dise que esta es su casa y que se empeña en entrar.

TRINIDAD.

¿Otra?

PANCHO.

Dise que viene a sorprender a su marido...

TRINIDAD.

¿A mi marido?

INOCENTE.

Pero ¿qué lío es este?

PEPITA.

(*Entrando con ANTONIA por la segunda derecha. Muy indignada.*) Sí, señora, sí. A mi marido, que seguramente estaba de juerga aquí con todos ustedes y se ha escondido al sentirme llegar.

INOCENTE.

¿Su marido?...

TRINIDAD.

¿De juerga?...

ANGELES.

¿Con nosotros?...

PEPITA.

Es inútil que traten ustedes de negarlo. Se vino de San Sebastián pretextando un asunto urgente, pero se le olvidó recoger este telegrama. ¿Y saben ustedes lo que dice este telegrama? (*Leyendo.*) “Te espero en tu casa, como dices.—Cruz.” ¿Qué les parece?

INOCENTE.

Pues me parece que si está en su casa como dice, debe usted ir a su casa y no provocar aquí un escándalo.

PEPITA.

Pues eso hago, venir a mi casa.

INOCENTE y TRINIDAD.

¿A su casa?

PEPITA.

¡Sí, señora, a mi casa. No disimulen más. ¿Dónde está mi marido? ¿Quién de ustedes es Cruz?

TRINIDAD.

Yo...

PEPITA.

¿Usted?

TRINIDAD.

Yo no la entiendo a usted, señora, y yo soy el ama de esta casa.

PEPITA.

¿Usted? ¡Habrás visto cinismo!

INOCENTE.

Lo que necesitamos saber es quién es usted.

PEPITA.

Yo soy la mujer de Gallina.

ANGELES y SEÑÁ RITA.

¡La mujer de Gallina!

INOCENTE.

Pero ¿quién es este Gallina tan cacareao?

ANGELES.

¿De modo que usted es la mujer del padre de mi hijo?

SEÑÁ RITA.

¡Acabáramos! (A INOCENTE.) ¡Ve usted como decía yo que usted no era el amo de esta casa!

INOCENTE.

Pues, entonces, ¿quién soy yo?

PEPITA.

Eso digo yo, ¿quién es usted? (*Volviéndose a ANGELES.*) Y usted, señora, qué ha querido decir?

ANGELES.

Que yo tengo un hijo de Olegario.

PEPITA.

¿Un hijo de Olegario? ¿Y dónde está ese hijo?

ANGELES.

Aquí... (*Buscando con la mirada.*)

PEPITA.

¿Dónde?

SEÑÁ RITA.

(*Lo mismo que ANGELES.*) Aquí...

PEPITA.

Pero ¿dónde?

TRINIDAD.

Aquí estaba, pero ya no está. (*La NIÑERA vuelve a golpear los cristales.*)

NIÑERA.

¡Abran, abran ustedes! (*En el balcón.*)

INOCENTE.

¡Otra mujer! (*Asombrado.*)

ANGELES.

¡Si es la voz de la niñera!

NIÑERA.

¡Abran! ¡Abran!

TRINIDAD.

(*Abriendo.*) Pero ¿quién la ha encerrado a usted ahí?

NIÑERA.

¡El señor Gallina!

TODOS.

¡Gallina!

INOCENTE.

¡Otra vez Gallina! (*Furioso.*)

PEPITA.

¿Dice usted que Olegario la ha encerrado?

NIÑERA.

Sí, señora.

PEPITA.

Entonces, ¿usted es la amante de mi esposo? ¿Usted es Cruz?

NIÑERA.

No, señora. Yo soy Celedonia, para servirla.

SEÑÁ RITA.

¿Y el niño? (*A la NIÑERA.*)

ANGELES.

¡Es verdad! ¿Y mi hijo? ¿Dónde está mi hijo?

NIÑERA.

(*Desconcertada.*) No sé..., lo dejé aquí, en el sofá, un momento, para salir al balcón... y...

ANGELES.

Pues aquí no está...

SEÑÁ RITA.

¡Es usted una bestia!

ANGELES.

¡Una idiota! ¡Mi hijo, mi hijo!

NIÑERA.

(*Llorando.*) Señora, que yo no he tenido la culpa; que fué el señor Gallina, que me dejó que saliera al balcón, y...

INOCENTE.

(*Fuera de sí.*) Pero ¿dónde está ese Gallina, que es el que mueve todos estos líos? ¡No quisiera más que tenerle delante para meterle una balita entre seja y seja! Seguramente será un guanajo.

TRINIDAD.

¡Un pirandón!

ANGELES.

¡Un canalla!

SEÑÁ RITA.

¡Un sinvergüenza!

LUIS.

(*Desde el armario.*) ¡Vaya, a mi pa... padre no lo insultan más, caaaaramba! (*Alzando la voz.*) Poco a poco. El señor Ga... Ga... llina es un caballero.

TODOS.

(*Volviéndose.*) ¿Eh? (*Asombrados.*)

INOCENTE.

(*Muy calmoso.*) ¿Y usted quién es, pollo?

LUIS.

El hijo de Gallina.

TODOS.

¿Otro?...

INOCENTE.

¡Otra vez Gallina!

PEPITA.

¡Mi hijastro!

INOCENTE.

Salga usted..., salga usted inmediatamente de ahí...

LUIS.

¡Qué más quisiera yo!... Mientras no me abran, lo veo difícil...

INOCENTE.

(*Apartando el cajón y abriendo el armario con una llave que saca del bolsillo.*) Salga usted.

LUIS.

(*Saliendo y estirando las piernas.*) ¡Gracias a Dios! Con permiso. Salga usted, señorita... (*Ayuda a salir a CRUZ.*)

SEÑÁ RITA.

¡Pero si ese es el armario de Carmo!

INOCENTE.

Pero ¿esta es mi casa? ¡O yo estoy loco, o es que aun estoy dormido!... Se explicará usted, joven; se explicará usted; porque, si no, me voy a ver en la precisión de meterle dos balitas...

LUIS.

Sí..., entre cece y cece... Conozco el procedimiento...

TRINIDAD.

(*Aparte a LUIS.*) ¡Por Dios, Luis! ¡No me vendas!

INOCENTE.

¿Qué hacía usted ahí?

LUIS.

Pues veve... verá usted. Si yo le digo que estaba ahí esperando el Metro, usted no lo creerá, seguramente...

INOCENTE.

No, señor...

LUIS.

Pues... pues... por eso no se lo digo...

INOCENTE.

¡Acabe usted, por mi vidita!

LUIS.

(*Aparte.*) ¿Y qué didi... digo yo? (*Alto.*) Pues... yo..., pues... ésta..., pues... (*Aparece por la derecha UN GUARDIA, que lleva cogido a OLEGARIO del cuello de la americana. Este trae la maleta en la mano.*)

ESCENA XI

Dichos, OLEGARIO y UN GUARDIA

GUARDIA.

Buenos días.

PEPITA y CRUZ.

¡Olegario!

OLEGARIO.

¡Mi mujer! ¡Cruz!

ANGELES y SEÑÁ RITA.

¡Gallina!

OLEGARIO.

¡Angeles! ¡Rita!

INOCENTE.

¡Ah! ¡Pero éste es Gallina! ¡Gracias a Dios! ¡Lo perjudico! (*Se dirige a él amenazador.*)

ANGELES.

¡Mi hijo! ¡Dame mi hijo!

SEÑÁ RITA.

¡Lo araña!

GUARDIA.

Un momento, señores. Este pájaro está bajo la acción de la autoridad.

PEPITA.

¿Qué dice usted?

GUARDIA.

Le vi salir tan sigilosamente de este portal, mirando a toos los laos y con esa maleta, que supuse que acabaría de robar. El me aseguró que salía de su casa. Ahora me convenzo de que se trata de un malhechor...

OLEGARIO.

Le digo a usted, guardia...

GUARDIA.

¡Silencio! A ver: ¿qué lleva ustez en esa maleta?

OLEGARIO.

Una muda. (*Abre la maleta y el niño rompe a llorar dentro de ella.*)

TODOS.

(*Sorprendidos.*) ¿Eh?

GUARDIA.

Pues más que muda, parece un orador.

ANGELES.

¡Es mi hijo, guardia! ¡Mi hijo, que me lo ha robao pa tapar su falta! (*Sacando al niño.*) ¡Hijo mío de mis entrañas! ¡Asesino, más que asesino!

GUARDIA.

¡Ah! ¿Conque se trata de un secuestrador?

PEPITA.

¿De modo que este es tu hijo y esa la madre de tu hijo? ¡Canalla!

ANGELES.

¡Mal padre!

OLEGARIO.

¡Pepita! ¡Angeles!

GUARDIA.

¡Basta! Eso ya se lo dirá ustez al juez. (*Intenta llevarse a OLEGARIO.*)

INOCENTE.

(*Deteniéndole.*) Un momento. (*Por LUIS y CRUZ.*) Llévase también a estos dos pájaros, para que le expliquen al juez qué hacían en mi casa dentro de un armario.

LUIS y CRUZ.

¿A nosotros?

INOCENTE.

Sí, señores ; a ustedes.

CRUZ.

Conformes. Pero haga usted el favor, guardia, de detener también a este caballero. (*Por INOCENTE.*)

INOCENTE.

¿A mí? ¿Por qué?

CRUZ.

¡Y lo pregunta! Sepa usted, guardia, que este señor es un émulo de Landrú.

GUARDIA.

¿De Landrú?

CRUZ.

Como usted lo oye. ¡Este hombre ha matado una mujer y la ha emparedado!

TODOS.

¿Qué?

INOCENTE.

¿Yo?

GUARDIA.

¿Dónde?

CRUZ.

En aquella pared. (*Aparece PÉREZ en el foro derecha y hace señas a CRUZ, que no le ve.*)

TRINIDAD.

¿Qué dice usted?

INOCENTE.

¡Señora!

CRUZ.

Lo sé de buena tinta. Me lo ha dicho un policía.

INOCENTE.

¿Y dónde está ese policía?

CRUZ.

(Viendo a PÉREZ.) Ahí le tiene usted.

ESCENA XII

Dichos y PÉREZ.

TRINIDAD e INOCENTE.

¡Pérez!

GUARDIA.

¡Silencio! ¿Usted es policía?

PÉREZ.

¿Yo?

CRUZ.

Sí lo es. Me consta.

GUARDIA.

¿Usted sabe que hay aquí una mujer emparedada?

PÉREZ.

¡Arrea!

GUARDIA.

Vamos, conteste. ¿Es usted policía?

PÉREZ.

No, señor. Yo soy de la Ronda.

GUARDIA.

Es igual.

PÉREZ.

De la Ronda de Atocha.

GUARDIA.

No, no es usted policía; lo estoy viendo claro. Usted es otro impostor. ¡Ea! Todos detenidos, y el juez aclarará este asunto.

ESCENA XIII

DICHOS, PASCUALA, el JUEZ, el SECRETARIO, dos ALGUACILES y un GUARDIA por la derecha.

PASCUALA.

Pasen ustedes.

JUEZ.

(*Saludando.*) Señores...

GUARDIA.

¡El señor juez!

JUEZ.

Venimos a efectuar un embargo por falta de pago de unas letras, y...

INOCENTE y OLEGARIO.

¿Eh?

PEPITA.

¿Cómo?

INOCENTE.

Esta es mi casa, y, que yo sepa, no adeudo nada a nadie.

OLEGARIO.

¡Vaya! ¡Esto es demasiado! Este señor es un far-
sante.

DON INOCENTE.

¿Qué dice usted?

OLEGARIO.

¡Que esta casa es mi casa!

TRINIDAD.

¡Está usted equivocado; esta casa es nuestra!

PEPITA.

¡No, señora; es nuestra!

DON INOCENTE.

¡Es mía!

OLEGARIO.

¡Es mía!

JUEZ.

Un momento. ¿Quién de ustedes es el señor Cor-
dero?

PÉREZ.

¡La hecatombe! (*Aparte.*)

JUEZ.

Esta casa está a nombre de Don Atanasio Cordero, el cual ha contraído esa deuda.

OLEGARIO.

¡Pero qué sinvergüenza!

GUARDIA.

Usted se calla.

JUEZ.

¿Quién de ustedes es el señor Cordero?

ATANASIO.

(Apareciendo en el foro derecha.) Yo.

ESCENA ULTIMA

DICHOS y ATANASIO

ATANASIO.

Sí, señores; yo soy Don Atanasio Cordero..., y aquí tiene usted las seis mil pesetas producto de la deuda. *(Entregándoselas al JUEZ.)*

JUEZ.

Bien... En ese caso... *(Inicia el mutis.)*

ATANASIO.

Un momento, señor Juez. Yo, como dueño absoluto de esta casa, le ruego, en nombre de la Justicia y del Derecho, que me ponga a toda esta gentuza de patitas en la calle o que se los lleve detenidos por allanamiento de morada.

TRINIDAD.

¿Qué dice?

DON INOCENTE.

¿Se ha vuelto loco?

SEÑÁ RITA.

¡Sinvergüenza!

OLEGARIO.

¡Ah, canalla!

CRUZ.

¡Qué listo es. (*Aparte.*)

JUEZ.

Silencio. Ya lo han oído ustedes. Todos a la calle.

TODOS.

Pero... (*Pretenden hablar, armando una algarabía.*)

JUEZ.

¡He dicho que silencio! ¡Guardias, saquen ustedes a toda esta gentuza, y usted, caballero..., perdone y siempre a su disposición!

ATANASIO.

Muchas gracias. Ya sabe usted dónde tiene su casa.
(*Los GUARDIAS sacan a todos los demás, que vociferan y protestan, y salen con el JUEZ.*)

PÉREZ.

Cordero, ¿qué has hecho?

ATANASIO.

Ya lo ves: quedarme con lo que es mío.

PÉREZ.

¿Con lo que es tuyo?

ATANASIO.

Por lo menos así me lo concede la Ley...

PÉREZ.

¡Cordero! ¡Eres grande!

ATANASIO.

Pérez, éste ya no es el cuarto de Gallina; ahora es el cuarto de Cordero.

PÉREZ.

¡Panorámico! *(Se abrazan.)*

TELÓN

Precio: 3 ptas.